

13
2ej



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA Y LETRAS



**MANUEL OROZCO Y BERRA O LA HISTORIA
COMO RECONCILIACION DE LOS
OPUESTOS.**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A :

RODRIGO DIAZ MALDONADO

ASESOR: DR. ALVARO MATUTE AGUIRRE.

AGOSTO DE 1998.

265167



**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



A Maria José



Agradecimientos

Esta tesis sencillamente no existiría sin el apoyo incondicional y la acertada dirección del Dr. Álvaro Matute Aguirre. A él debo no sólo lo anterior sino el cariño y respeto por el oficio de historiador.

También agradezco a todos los sinodales, Dr. José Rubén Romero, Mtro. Federico Navarrete y Mtro. Boris Berenzon por sus comentarios, sugerencias y por el tiempo dedicado a mi trabajo. Un agradecimiento especial a la Dra. Evelia Trejo Estrada por el constante interés en mis avances y sus atinadas observaciones.

Quiero dar gracias también a mis amigos, que son pocos pero son y que ya conocen sus nombres. De entre ellos sólo quiero mencionar por separado a los que fueron, además de amigos, mis entusiastas lectores, críticos, comentaristas y, a veces, cuidadores de gatos: Gabriela Pulido y Pedro Salmerón.

Agradezco a mi familia, que es poco usual pero es familia: a mi padre por su amor y consejos; a mi abuela Concha, por demostrar que la letra con sangre entra; a mi hermano Rafa, compañero y amigo de siempre, y a mis otros hermanos Juanjo y Miguelangel.

Mil, o mejor dos mil gracias a Rosa Albina Garavito por su cariño, por su apoyo y porque nunca dejó de darme palabras de aliento.

María José: Aunque darte las gracias es muy poco, te agradezco por ser la mejor compañera imaginable.

*Este mundo, el mismo para todos los seres,
ninguno de los hombres ni de los dioses lo creó,
sino que fue, es y será siempre fuego siempre
vivo, que se enciende con medida y se apaga con
medida.*

Heráclito

*Todo lo que existe proviene del ilimitado espacio
de la luz, incluso la noche...*

Henry Miller

*La verdadera historiografía es un recordar
ontológico.*

Edmundo O'Gorman

INDICE

Introducción	1
Capítulo I	
La historiografía sobre Orozco y Berra	4
A) Las biografías	5
B) Artículos varios	9
C) Obras dedicadas por completo a Orozco y Berra	16
D) Obras críticas e interpretativas	19
E) Comentarios	30
Capítulo II	
La idea de la historia de Orozco y Berra	31
A) Orozco como romántico	33
B) Orozco y el difusionismo de Humboldt	40
C) Orozco y el darwinismo	44
D) El problema de las fuentes	48
E) Orozco y la argumentación organicista	50
Capítulo III	
La historia narrada por Orozco y Berra	54
A) La explicación por la trama	54
B) Los héroes de la comedia	66
C) Los héroes de la tragedia	72
D) Fatalidad y Providencia	78
E) Explicación por implicación ideológica	81
IV Conclusiones	84
V Bibliografía	88

Introducción

El presente trabajo es, en términos generales, un estudio historiográfico sobre una obra de don Manuel Orozco y Berra, titulada *Historia antigua y de la conquista de México*. Publicada por vez primera en 1881, esta obra fue considerada en su tiempo como la cúspide, el ideal de todo trabajo histórico. Durante varios años se le vio con veneración y respeto. Sin embargo, nada es para siempre y las críticas comenzaron a llegar por dos vertientes, más o menos de manera simultánea. En primer lugar, los avances de la antropología y la arqueología, que cobraron gran velocidad e importancia a partir de la década de los treinta de este siglo, modificaron profundamente nuestro conocimiento del pasado prehispánico, por lo que se pensó que la obra de Orozco y Berra había sido, en muchos aspectos, superada. Esta situación devino en el silencio: nadie escribió nada sobre Orozco y Berra, a no ser por un par de biografías de dudosa calidad y un puñado de artículos. Por otra parte, la creciente importancia en el medio mexicano de la corriente historiográfica conocida bajo el nombre de historicismo, encabezada por don Edmundo O'Gorman, generó una actitud hostil, en muchos casos más combativa que crítica, hacia la mayor parte de la historiografía de finales del siglo XIX, a la que se calificó, por medio de una generalización poco exitosa, de tradicional o positivista. El resultado fue la negación de la validez de dicha historiografía y corrosivos comentarios para la obra de Orozco y Berra.

No fue sino hasta 1960, con la aparición de la segunda edición de la *Historia Antigua y de la conquista de México*, cuando surge un renovado interés por Orozco y Berra. No obstante, el impulso fue débil y se desvaneció rápidamente, dejando escasos y pobres resultados; en poco tiempo se regresó al silencio.

Ahora bien, no sólo fueron pocos los estudios dedicados a Orozco y Berra, sino que prácticamente no existe consenso alguno entre ellos. Este problema será tratado y ejemplificado con detalle en el capítulo primero, que básicamente es un estado de la cuestión.

Por otro lado, en los capítulos segundo y tercero de esta tesis, se encuentra mi propio estudio de la obra de Orozco y Berra. La metodología en que se basa mi trabajo si bien no es del todo nueva, sí puede resultar extraña a simple vista, sobre todo porque en nuestro país sólo se ha realizado un número reducido de análisis de esta naturaleza. En un principio pensé que la «introducción» sería el mejor lugar para una exposición de los principios teóricos y metodológicos que me sirvieron de guía, pero cambié de opinión y decidí explicar la teoría conforme fuera necesario a lo largo del trabajo. De esta forma se facilitó la redacción y se evitaron inútiles repeticiones.

Sin embargo, no está de más decir que la tesis que aquí presento gira en torno a la compleja relación que existe entre la historia y la literatura. O mejor dicho, al estudio de la parte literaria de la historia, en sus aspectos narrativos. Pero no debe pensarse que esta es una tesis de crítica literaria. Es una tesis de historia puesto que pretende revelar cómo y de qué forma comprendió y narró la historia un historiador del siglo pasado. El principal apoyo teórico para esta tarea fue la obra Hayden White.

Pese a que mi intención original fue la de apegarme lo más posible a dichas teorías, a lo largo de la investigación se hizo claro que esta intención no siempre era practicable. Para analizar algunas de las partes de la obra de Orozco y Berra a veces fue necesario dejar a un lado la teoría, o bien seguirla sólo parcialmente. En este sentido, tanto el capítulo primero como las cuatro primeras secciones del capítulo segundo, no fueron elaborados siguiendo las teorías de White, aunque posteriormente se les relacione con éstas. Los pocos desacuerdos que sostengo hacia la teoría quedaron explicados en el lugar correspondiente.

Además de lo anterior, en este trabajo fue necesario renunciar a otras pretensiones. En un principio mi deseo fue el de estudiar a por lo menos un par de historiadores más, con lo cual sería posible mostrar, por medio del análisis de su narrativa, una parte más amplia del desarrollo de la conciencia histórica del siglo XIX. Las dificultades que se presentaron durante la investigación, así como la gran extensión de la obra de Orozco y Berra aquí estudiada, me forzaron a posponer, más por falta de

tiempo que de voluntad, un proyecto más ambicioso. Así mismo, esta obligada concesión impidió que se revisaran otros interesantes aspectos de la teoría. De cualquier forma, como se verá en el momento oportuno, no se trató de una omisión excesivamente dolorosa. Finalmente, también fue necesaria una modificación en lo relativo al objeto de estudio. La idea original de esta investigación contemplaba únicamente el análisis de la parte relativa a la conquista de la obra de Orozco y Berra, pues por lo general la conquista ha sido entendida como el hecho fundador de nuestra historia. La imagen que de este proceso histórico se forma y trasmite un determinado historiador puede resultar muy reveladora de su pensamiento, de su manera de comprender la historia en general y, revisando con cuidado, hasta de su posición política o sus preferencias ideológicas. Pero, en última instancia, al analizar la obra de Orozco y Berra resultó evidente que sería un error separar la parte de la conquista de las demás, pues procediendo así sólo se lograría una visión sesgada y se correría el peligro de caer en desatinos iguales a aquellos que personalmente critico. No quiero decir con esto que mi trabajo esté exento de fallas. Muchas habrá, sin duda alguna, pero no serán por culpa de una lectura parcial o fragmentada. En fin, basta ya de hablar de lo que no se hizo. La mejor presentación de un trabajo es el trabajo mismo.

Capítulo I

La historiografía sobre Orozco y Berra

Según tengo entendido, un estado de la cuestión es la parte inicial de casi cualquier trabajo de investigación, ya sea que se incluya dentro del cuerpo de éste o se limite a servir como guía para el investigador. Su función principal consiste en mostrar hasta dónde han llegado los conocimientos sobre tal o cual tema, de manera que sea posible sentar las bases para futuras investigaciones.

El estado de la cuestión que ahora presento, incluye todos los materiales que logré reunir acerca de la vida y obra de don Manuel Orozco y Berra. Aunque puede decirse que la búsqueda que realicé fue exhaustiva, sus resultados fueron escasamente fructíferos. Es muy poco lo que se ha escrito sobre Orozco y Berra, y no deja de extrañarme que así sea, pues es innegable la importancia de su obra dentro de la historiografía mexicana. Dicho de otro modo, las bases previas para mi investigación prácticamente no existen.

Para entrar propiamente en materia, he optado por dividir las obras sobre el tema en cuatro grandes grupos. Al primer grupo lo conforman las biografías, mientras que el segundo incluye todo tipo de artículos, más o menos breves, que tengan que ver con Orozco y Berra (prólogos, comentarios, discursos, reseñas, notas periodísticas, etc.). El tercer grupo está formado por los dos únicos trabajos dedicados por completo a la obra de Orozco. Y, por último, el cuarto grupo contiene aquellos trabajos de carácter más interpretativo y crítico. En cada uno de los apartados expondré las obras respectivas en orden cronológico. Al final del capítulo aparecerán algunos breves comentarios generales sobre las obras analizadas.

A) Las Biografías

La primera y más importante de las biografías de don Manuel Orozco y Berra –pues en ella se basan, en menor o mayor medida, todas las posteriores–, es la realizada por Francisco Sosa. Publicada apenas tres años después de la muerte de Orozco, en 1884, dentro del libro titulado *Biografías de mexicanos distinguidos* (Editora Mexicana-Oficina tipográfica de la Sría. de Fomento, 1884), esta obra gozó de considerable difusión pues reapareció pocos años más tarde en un *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (México, 1890) y, en versión resumida, en el tomo IV del *Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico de los Estados Unidos Mexicanos* (México, Sría. de Fomento, 1890) bajo la dirección de Antonio García Cubas.

Esta biografía, como todas, contiene los datos relativos a la actividad política e intelectual de Orozco (estudios, cargos en la administración pública, distinciones y reconocimientos, publicaciones, etc.), pero se interesa muy poco en cualquier tipo de análisis. Su intención es meramente informativa. Sin embargo, es en buena medida responsable de la futura mitificación de Orozco pues, al hablar sobre la *Historia antigua y de la Conquista de México*¹, suelta frases como la siguiente:

El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros a su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que *ha pronunciado la última palabra* acerca de la antigua historia de México[...]²

Sobre esta biografía escrita por Francisco Sosa sólo resta decir que, pese a su brevedad, es bastante completa y precisa en lo relativo a los datos de la vida de Orozco y Berra. Esto es así, en mi opinión, gracias a que el autor conoció y mantuvo amistad con su biografiado. No obstante, también es responsable de la extendida confusión acerca de la fecha de nacimiento de don Manuel. Ciertamente, en su primera aparición, esta biografía señala que Orozco y Berra nació el 8 de junio de 1816, pero, en la versión

¹ De aquí en adelante, me referiré a esta obra bajo el título abreviado de *Historia antigua*.

² Francisco Sosa "Biografía del Sr. don Manuel Orozco y Berra" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1890, 4º época, t. II, p. 24. Las cursivas son mías.

publicada dentro del *Diccionario Geográfico...* cambia 1816 por 1818. No soy capaz de aclarar este punto, pues las dos fechas se usan indistintamente en todos los trabajos posteriores. Si bien este hecho carece de importancia, es un buen indicativo de la gran influencia de esta biografía.

Pasaron varios años hasta la publicación de la siguiente biografía de Orozco y Berra. Se trata de la escrita por Carlos González Peña, incluida en su obra *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*³. La sección de este trabajo dedicada a Orozco es de una brevedad extrema (apenas dos páginas) y, en realidad, no aporta nada nuevo a lo dicho por Sosa. Se mencionan sólo de pasada los principales trabajos de Orozco, deteniéndose un poco más en la *Historia antigua*. La opinión de González Peña puede considerarse representativa de aquello que se pensaba sobre el ilustre sabio durante las tres primeras décadas de nuestro siglo:

Con criterio ajeno a toda pasión y rigurosamente científico, depurando los enormes materiales de que disponía, poniendo a contribución sus propias investigaciones y descubrimientos, corrigiendo errores, desechando falsas teorías, aclarando dudas, Orozco y Berra acertó a purificar con fina sagacidad los manantiales todos de nuestra historia antigua.⁴

Existen otras dos biografías de Orozco y Berra dignas de mención. Se trata de *Biografía, bibliografía e iconografía de don Manuel Orozco y Berra* por Rubén García y de *Biografía de don Manuel Orozco y Berra* de Jesús S. Soto. Ambas obras fueron escritas en el año de 1933 y publicadas en 1935 por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, pues ganaron respectivamente los dos primeros lugares de un concurso de biografías sobre Manuel Orozco y Berra organizado por dicha sociedad –hay que aclarar que al concurso sólo se presentaron tres trabajos, de los cuales uno fue descalificado por no cumplir con los requisitos.

Es bien poco lo que hay que decir en relación a estos trabajos. Los dos se basan casi por completo en la obra de Francisco Sosa y, de hecho, en cuanto a contenido son muy parecidos. Sin embargo, el que posee mayor información de primera mano es el

³ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Sep., 1928.

⁴ *Ibidem*, 2ª ed., Cultura y Polis, 1940, p. 267

trabajo de García. Este autor, al parecer, tuvo acceso directo a los archivos del propio Orozco y Berra, y es gracias a esto que varias veces reproduce en su trabajo documentos interesantes y valiosos. Pero tal vez este sea su único mérito. Por medio de un estilo rebuscado y confuso, García nos presenta a «San Manuel Orozco y Berra», sabio entre los sabios, poseedor de todas las virtudes. En ningún momento a lo largo de toda la biografía (mejor dicho, hagiografía) se abandona el tono panegírico ni mucho menos se intenta la crítica o el análisis.

Por su parte, la obra de Jesús S. Soto es mucho mejor en el terreno del estilo (fue esto lo que le valió el segundo lugar), pero bastante limitada en casi todo lo demás. Pese a que tampoco abandona los elogios –notoriamente más moderados por cierto–, Soto sí llega a aventurar algunas opiniones y explicaciones que, aunque timoratas, no dejan de ser interesantes. Por ejemplo:

En cuanto a la vida de don Manuel Orozco y Berra, es la de el hombre de letras mexicano de mediados del siglo pasado, que comienza haciendo versos, entra en las luchas políticas y toma parte en el gobierno del país cuando su facción está en él. Personalmente, el gran historiador desde su juventud pronto derivó hacia la Historia nacional, y aunque romántico, en sus escritos no tiene cabida la exageración de propias o ajenas pasiones.⁵

Soto explica más adelante que Orozco se «salvó» del “desorden intelectual de su época”⁶ gracias a que su formación de ingeniero sirvió como contrapeso a sus inclinaciones líricas y que, por lo tanto, fue en la historia (mitad ciencia y mitad arte) donde el sabio encontró su verdadero camino.

Aparte de las anteriores, podemos encontrar varias biografías de Manuel Orozco y Berra⁷, pero en general son muy pequeñas y se limitan a repetir lo dicho por

⁵ Jesús S. Soto, *Biografía de don Manuel Orozco y Berra*, México, Sociedad Mexicana de Geog. y Est., 1935, pp. 3-4.

⁶ *Ibidem*, p.11

⁷ Véase por ejemplo René Avilés “Notas biobibliográficas sobre Orozco y Berra” en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 123, 1976, trabajo basado principalmente en Jesús S. Soto y Rubén García. También Julio Jiménez Rueda *Historia de la literatura mexicana*, México, 1942, pp. 189-192, basado en F. Sosa, al igual que Joaquín Márquez Montiel “Manuel Orozco y Berra” en *Hombres célebres de Puebla*, México, Jus, 1955, t.II, pp 104-109 y Heriberto García Rivas *159 Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Diana, 1964, pp. 191-192. Además Florentino M. Torner, *Creadores de la imagen histórica de México*, México, Cía. Gral. de Ediciones, s/f, [Ideas, letras y vida] pp. 210-213.

Sosa. Dentro de las de este tipo, la mejor es la realizada por Alberto María Carreño, incluida en su trabajo *La Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875-1945)*. Merece destacar en esta biografía el hecho de que Carreño se refiera a Orozco como "conservador"⁸, pese a que en términos políticos Orozco y Berra quedaría mejor bajo el rubro de «liberal moderado». Esto puede ser un indicativo de que la tendencia política y la ideológica de un autor no siempre corren en la misma dirección.

⁸ Alberto María Carreño, "Manuel Orozco y Berra" en *La Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875-1945)*, México, 1945, pp. 202-207. Que no debe confundirse con *La obra personal de los miembros de la Academia Mexicana correspondiente de la Española*, México, 1946, del mismo autor. En donde se incluye una completa bibliografía de Orozco.

B) Artículos varios

No existe prácticamente ninguna razón, salvo su heterogeneidad, para colocar los siguientes artículos en un mismo apartado. Ciertamente, todos ellos tienen como tema central a Orozco y Berra, pero hablan de él desde perspectivas muy distintas y con un nivel de calidad notoriamente variable. Es por ello que el criterio de ordenación será estrictamente cronológico, aunque, al proceder de esta forma, se sacrifique la unidad y la exposición resulte, de alguna manera, inconexa.

En el prólogo al primer tomo de la magna obra *México a través de los siglos*, escrito por don Alfredo Chavero, encontramos una breve pero significativa mención de la obra de Orozco y Berra. Este prólogo, que consiste en una revisión de las principales fuentes para el estudio de nuestra historia antigua, coloca a Orozco como la autoridad más reciente (data de 1889) e importante sobre el tema. Aunque el espacio que le dedica a Orozco no exceda la media página, es necesario destacar que antes de él, los únicos escritores decimonónicos mencionados son Alexander Von Humboldt y José Fernando Ramírez. Este hecho resulta interesante pues revela la influencia de que todavía gozaba la obra de Humboldt, publicada por primera vez hacía casi ochenta años. En el siguiente capítulo veremos la trascendencia de este dato. Por otra parte, la opinión de Chavero sobre Orozco puede resumirse en las siguientes palabras: "Escritor de conciencia ente todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el movimiento, pintura o escritor citados"⁹. Además de esto, Chavero afirma que prácticamente no existen materiales que Orozco no haya consultado para la elaboración de su historia, de esta forma, desde época muy temprana, comienza a gestarse la idea de la «gran síntesis».

Los primeros escritos de importancia¹⁰ sobre Orozco y Berra, aparte de las biografías ya mencionadas, aparecen por primera y única vez en 1890. Me refiero al

⁹ Alfredo Chavero "Historia antigua y de la Conquista" en Vicente Riva Palacio et al, *México a través de los siglos...*, México, Ballescá y Cía, 1889, t. I, v. I, p. LX.

¹⁰ En realidad, el primer texto que pude localizar sobre Orozco y Berra data del 28 de enero de 1881, es decir, un día después de la muerte de don Manuel. Sin embargo, no es más que una breve nota necrológica de renombrado autor: Ignacio Manuel Altamirano, "El Señor Don Manuel Orozco y Berra" en *La República*, año II, vol. II, núm. 23, 28 de enero de 1881, pp.1-2. En donde el autor lamenta profundamente la muerte del sabio "la mejor, la más respetable, la más eminente autoridad [en historia antigua de México] acatada tanto en México como en Europa".

conjunto de discursos pronunciados por varias personalidades de la época en conmemoración del noveno aniversario luctuoso de don Manuel¹¹. De entre todos los discursos (siete en total, sin contar la biografía escrita por F. Sosa) sobresale el de don José María Vigil. En este texto podemos encontrar, además de las alabanzas de rigor, un notable ejemplo de la concepción histórica de su autor (muy «avanzada» para su tiempo).

Con un desarrollo parecido al que usará Edmundo O'Gorman casi medio siglo más tarde, Vigil aprovecha la figura de Orozco para llevar agua a su molino. Es decir, para tratar a Orozco, Vigil habla de su propia idea de la historia y de sus implicaciones:

El conocimiento de la propia historia es quizás lo que más importa á las naciones, pues no es otra cosa que la aplicación colectiva de la máxima más elevada de la antigua filosofía: Conócete á ti mismo. Ese conocimiento, constituido por la experiencia acumulada, y suficientemente discernida durante el curso de muchas generaciones, es no sólo un juicio del pasado, sino una norma del presente y un preservativo del porvenir [...] porque en el estudio del mundo real hay que fundar el conocimiento del mundo real.¹²

Pese a que el párrafo anterior no difiera fundamentalmente de la opinión generalizada de su época, más adelante Vigil introduce numerosos matices que hacen de su texto algo excepcional. Por ejemplo, al hablar de la “esencia inagotable de los hechos”, con lo cual descarta la posibilidad de una historia totalmente objetiva¹³, nos dice que

Los hechos que forman el cuerpo de la historia, no son entidades concretas que poseen por sí mismas valor efectivo; sino fenómenos, cuya significación real no puede comprenderse sino relacionándolos con los pueblos que los producen, y que á su vez son instrumentos de las ideas y de los sentimientos que los mueven.¹⁴

¿Pero a dónde conducen estas reflexiones tratándose de Orozco y Berra? No es difícil imaginarlo. Orozco se nos presenta como el historiador que logró conjuntar los

¹¹ José María Vigil, Jesús Galindo y Villa, *et al.*, “Solemnidad dedicada a la memoria del Sr. Lic. e Ing. D. Manuel Orozco y Berra” en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1890, 4ª época, t.II, pp.5-64.

¹² *Ibidem*, p. 27.

¹³ “Lo que sí puede decirse es que no se debe exigir de la historia más de lo que la historia puede dar; que el intento de eliminar ó de suprimir la individualidad del historiador, envuelve una imposibilidad psicológica; y que el punto á que debe aspirarse es armonizar de tal modo el hecho con la idea, que de su concordancia resulte la unidad superior de la historia.” *Ibidem*, p. 28

¹⁴ *Ibidem*

hechos con la idea. Representa la verdadera síntesis de nuestra historia: "En él se sintetizan, por contradictorio que parezca, los sentimientos, las pasiones, los goces y las amarguras de conquistadores y conquistados"¹⁵. Este punto es de especial interés, pues en virtud de su desconocimiento es que la obra de Orozco ha sufrido injustificadas críticas¹⁶.

Dentro del ciclo de discursos al que pertenece el trabajo de Vigil, ya no es posible encontrar otro que valga la pena. La tónica es siempre la misma (incluso en el de Jesús Galindo y Villa), panegíricos que sólo revelan la gran admiración de que era objeto Orozco y Berra, y poco más.

El siguiente texto en orden cronológico apenas y merece ser mencionado. Es, en este caso, la introducción escrita por Enrique Navarro para la edición de Fuente Cultural de la *Historia antigua y de las Culturas aborígenes de México* (1954)¹⁷. Es esta introducción un trabajo bastante incoherente. Comienza hablando de la importancia de reeditar obras fundamentales para el pueblo de México como la *Historia antigua*. Luego pasa por una diatriba indigenista, continuando con una breve reseña sobre la vida de Orozco y con un listado de las modificaciones hechas a su obra, y termina con un apartado bajo el siguiente subtítulo: "Hacia una gran producción de decenas de millares de tractores mexicanos" (sic). Todo lo anterior generosamente regado con citas de todo tipo. En suma, es un trabajo que no aporta nada y que aquí se incluye sólo para ahorrar al lector el trabajo de leerlo.

Del mismo año data *Coatlícue, estética del arte indígena antiguo*, de Justino Fernández¹⁸. Entre los objetivos de esta obra se encuentra el de mostrar la evolución de los criterios estéticos bajo los cuales ha sido contemplada la producción artística prehispánica. Es por esta razón que se incluye el capítulo "Orozco y el arte indígena", ya que Justino Fernández considera que "La ciencia histórica positiva llegó a su cumbre en

¹⁵ *Ibidem*, p.33

¹⁶ *Vid. infra* pp. 24-27, lo referente al historiador Rico González

¹⁷ Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de las Culturas aborígenes de México*, introducción y notas por Enrique Navarro, México, Ediciones Fuente Cultural, 1954. No sólo el título se presenta modificado, sino que se trata de una edición al más puro estilo Bustamante; adiciones y supresiones a la obra original (p. ej. no se reproduce la cuarta parte de la obra dedicada a la conquista) hacen que esta edición aparezca más como una curiosidad que como obra de consulta o análisis.

¹⁸ Justino Fernández, *Coatlícue, estética del arte indígena antiguo*, México, UNAM, 1954.

lo que se refiere a la historia antigua de México en la obra de don Manuel Orozco y Berra” y añade “su erudita pluma y clara visión del México antiguo no han sido superadas desde entonces.”¹⁹ Como puede verse, Fernández no se aleja de la tradición interpretativa sobre Orozco, pero introduce un nuevo elemento, la estética. Por medio de la revisión cuidadosa de la *Historia antigua*, especialmente de los fragmentos dedicados al arte y a los juicios que de éste formula su autor²⁰, Fernández llega a una conclusión que no puede extrañarnos: el criterio estético de Orozco y Berra, al juzgar el arte indígena, fue el naturalista imperante en el siglo XIX. Es probable que sea el historicismo de Fernández el responsable de esta afirmación, pues procede acertadamente al situar a Orozco dentro del contexto de su propio tiempo. Sin embargo, este punto debe ser matizado, como mostraré más adelante al tratar el trabajo de Benjamin Keen.

Por sus características (pues si el tema es distinto, la estructura es similar al texto anterior) y por su fecha (1959), la siguiente obra en la lista es *La Filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes* de Miguel León-Portilla.²¹ En esta obra sí queda muy claro que Orozco y Berra, por lo menos sobre filosofía náhuatl, «no» escribió la última palabra, pues –según León-Portilla– a este respecto sólo dio “tanteos y aproximaciones.”²² No obstante, también señala que es una lástima que Orozco no conociera los poemas nahuas recogidos por Fray Bernardino de Sahagún “porque, tomando en cuenta la competencia y preparación histórica de Orozco, es verosímil suponer que podría habernos legado la primera síntesis del auténtico filosofar náhuatl.”²³ Tal vez sea ésta una actitud demasiado optimista, pues son bien conocidos los errores en que incurrió Orozco al

¹⁹ *Ibidem*, p.69.

²⁰ Por citar sólo un ejemplo: “Las imágenes de los dioses son horribles. Careciendo en absoluto de belleza artística, quedan aún más desfigurados por un simbolismo recargado y fantástico, añadiendo espanto a la fealdad.” Manuel Orozco y Berra *Historia antigua y de la conquista de México*, Estudio previo de Angel Ma. Garibay K., México, Porrúa, 1960, t.1, p. 117

²¹ Miguel León-Portilla, *La Filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Seminario de Cultura Náhuatl-Instituto de Historia, UNAM, 1959.

²² *Ibidem*, p. 33

²³ *Ibidem*

tratar de explicar, por ejemplo, los mitos prehispánicos.²⁴

Además del trabajo anterior, León-Portilla escribió, en 1960, una pequeña biografía y tres bibliografías referentes a Orozco y Berra para la edición de Porrúa de la *Historia Antigua*²⁵. Es esa misma edición la que contiene un estudio previo del padre Angel Ma. Garibay K. En él, Garibay señala que la obra de Orozco, especialmente la *Historia antigua*, es una síntesis histórica que nadie ha superado, pero aclara: "Sin que sea obra definitiva, porque ellas no existen en lo humano, dada la necesaria evolución de la cultura, es la obra de su siglo."²⁶ De esta manera, el texto prosigue indicando cuáles son las aportaciones de Orozco y Berra que continúan vigentes y cuáles no. En cuanto al método empleado por Orozco, Garibay nos dice:

No era la técnica rigurosa para la historiografía, principalmente elaborada por los alemanes, la que privaba en los tiempos de Orozco. No podemos ni siquiera suponer que él se ajustara a sus métodos. Sigue el de la tradición hispánica, con vistas a la manera francesa, ya que parece haber sido un gran lector de libros de Francia. Claridad, rigor lógico, expresión sencilla y accesible al lector medio. Y cuidado de la lengua, que, como vehículo del pensamiento, está obligada a ser castiza y decente.²⁷

Por otra parte, al hablar sobre las motivaciones de Orozco, Garibay subraya que la principal fue la de mostrar que era posible la existencia de un punto medio entre las dos principales corrientes de apreciación de nuestra historia: indigenismo e hispanismo. Por último, es necesario agregar que, en este trabajo del padre Garibay, también podemos ver una de las muchas opiniones contradictorias que sobre Orozco existen, pues, al hablar de la Cuarta Parte de la *Historia antigua*, dedicada a la Conquista, afirma:

Es de los más fascinantes y serenos campos de su obra. Da con una minucia feliz la narración de los hechos y procura mantenerse serenamente al margen, como es regla del buen historiador que ha de hacer su trabajo *sine ira et studio*.²⁸

²⁴ Vid. Benjamín Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, tr. Juan José Utrilla, México, FCE, 1984, pp. 430-435.

²⁵ Miguel León-Portilla en: Manuel Orozco y Berra *Historia antigua...*, México, Porrúa, 1960, pp. XXIX-XLVI. Dice el autor, al referirse a esta obra de Orozco que "[fue] la más extraordinaria síntesis... de la vida y la cultura en el México antiguo... Y aunque suene atrevido, lo sigue siendo hasta ahora" Por otra parte, también señala el marcado carácter "cientificista" de la obra, lo que no impide que siga siendo "imprescindible".

²⁶ Angel Ma. Garibay K., "Estudio previo" en: *Ibidem*, pp. VII-XXVIII.

²⁷ *Ibidem*, p. XVII

²⁸ *Ibidem*, p. XV

Cómo podrá verse más adelante, esta opinión contrasta fuertemente con las de Villoro y Keen. En lo personal, creo que esa parte de la obra de Orozco podrá ser muchas cosas, pero dista mucho de ser la "más serena".

Continuando con esta revisión, el siguiente artículo sobre Orozco y Berra data de 1976 y se titula "Comentarios sobre la *Historia antigua* de Manuel Orozco y Berra", escrito por el profesor Jorge A. Vivó Escoto²⁹. Este trabajo es, en pocas palabras, una especie de síntesis de la *Historia antigua*. Lo que pretende su autor es comentar los aciertos y errores de Orozco y Berra a la luz de los nuevos conocimientos. La idea en sí no es mala, pero lo que no contempló Vivó Escoto es que para realizarla cabalmente serían necesarias muchas más de veinte páginas. Es por esto que el trabajo da la impresión de estar inconcluso y no logra presentar un panorama completo ni una interpretación general de la obra.

Publicado en 1996, el artículo de Laura Pérez Rosales³⁰ es el más reciente dedicado a Manuel Orozco y Berra. En vista de que se trata de un trabajo de divulgación, cuyo objetivo primordial es dar a conocer a grandes rasgos las principales características de la obra de Orozco, uno de los primeros pasos de la autora es dividir toda la producción de éste en tres grupos: "trabajos cartográficos-geográficos", "trabajos etno-linguísticos" y "trabajos históricos". Posteriormente y en ese orden, Pérez Rosales expone las principales obras que conforman cada grupo, dedicando breves comentarios a cada una. Como era de esperarse, la parte más extensa es la dedicada a los trabajos históricos, en donde pueden leerse algunas de las más acertadas observaciones de la autora:

Con base en este caso [la conjuración del marqués del Valle], Orozco y Berra explica la historia como la inevitable búsqueda del poder en diferentes momentos. La utilidad de la historia

²⁹ Jorge A. Vivó Escoto. "Comentarios sobre la *Historia antigua* de Manuel Orozco y Berra" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. 123, 1976, pp. 105-125. En este mismo número del *Boletín...* se encuentra un trabajo de Angel Bassols Batalla "Manuel Orozco y Berra y su mapa de la división político-económico-administrativa (territorial) de México", pp 95-104. Trabajo interesante pero, como lo indica su título, dedicado exclusivamente a dicho mapa. Además puede encontrarse en este número el texto de René Avilés, *Vid. supra* nota 7.

³⁰ Laura Pérez Rosales, "Manuel Orozco y Berra" en Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coords.) *Historiografía mexicana*, v.IV "En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884", México, UNAM-IIH, 1996, pp.359-386.

radica en que sirve de tribunal para enjuiciar la capacidad que los hombres tienen para reconocer cuál es su papel en el inevitable y permanente juego de dominantes y dominados[...]³¹

Pese a que el trabajo no siempre es del todo claro³², sí logra destacar el sentido conciliador y de unidad nacional presente en la obra de Orozco. Además, al referirse al método de Orozco, señala –con razón pero analizando pocos factores– que es ecléctico, pues se basa tanto en la idea del progreso de las civilizaciones, como en el providencialismo (lo que puede traducirse en ciencia vs. religión). De esta manera encontramos nuevamente el reflejo de una idea, a mi juicio fundamental, del pensamiento de Manuel Orozco y Berra.

³¹ *Ibidem*, p.371.

³² La ocasional falta de claridad no es su único defecto: En el primer párrafo señala que Orozco nació en 1818 y que, en 1820, ingresó al Colegio de Minería. De ser esto cierto, Orozco y Berra habría iniciado sus estudios a la edad de dos años, revelando una precocidad verdaderamente inédita. Por otra parte, el aparato crítico del trabajo de Pérez Rosales es defectuoso y su bibliografía sobre Orozco muy limitada.

C Obras dedicadas por completo a Orozco y Berra

Sólo existen dos trabajos dedicados exclusivamente a don Manuel. Pero no es ésta la única razón para contarlos por separado. Sin profundizar demasiado es posible descubrir que se trata de obras muy similares, aunque de distinta calidad. Ambas son tesis de maestría presentadas en la UNAM con un año de diferencia (1962 y 1963), y las dos pretenden ser análisis historiográficos de la obra de Orozco y Berra, especialmente de la *Historia antigua*. Veámoslas con más detalle.

El primero de estos trabajos se debe a la pluma de Alicia Huerta Castañeda y lleva por título *Ideario y semblanzas históricas en la obra de Orozco y Berra* ³³. Más que un análisis, esta obra parece ser un catálogo de citas de Orozco. En un principio, la autora nos relata la historia de las sucesivas ediciones, tanto de la *Historia antigua*, como de la *Historia de la dominación española*, para posteriormente mostrarnos un esbozo del pensamiento de Orozco en palabras del propio Orozco.

Son contadas las ocasiones en que la autora expresa su punto de vista, y, cuando lo hace, cae en lugares comunes. Por ejemplo, al hablar sobre el método de Orozco, y sin más explicaciones, nos dice:

Su método trata de ser científico, refleja la formación de la escuela alemana a través de la escuela norteamericana, pero sin olvidar que la historia es un arte. De estilo claro y sencillo, procura que el lector llegue a formar sus propios juicios acumulando todos los datos posibles en favor y en contra.³⁴

Alicia Huerta señala, además, seis puntos que supuestamente engloban el concepto de Orozco y Berra sobre la Conquista, a saber: 1) El derecho a la conquista del Nuevo Orbe era de origen religioso y encaminado a fin igualmente religioso; 2) existía derecho para realizar la conquista y a someter a la esclavitud a los indios, porque éstos eran bárbaros, caníbales y sodomitas; 3) la conquista se realizó obedeciendo la ley natural del fuerte sobre el débil; 4) la conquista tuvo éxito gracias a la ayuda de "traidores" (así es como llama Orozco y Berra a los naturales que lucharon del lado español); 5) la codicia

³³ Alicia Huerta Castañeda, *Ideario y semblanzas históricas en la obra de Orozco y Berra*, México, UNAM [tesis de maestría], 1962.

³⁴ *Ibidem*, p. 22. Cfr. con lo dicho por Garibay, *Vid. supra*, p. 13.

no fue un factor ajeno a la conquista, y 6) la conquista fue una epopeya heroica.

No es este lugar para aclarar la pertinencia de los puntos arriba citados, pero por lo pronto puede decirse que resultan extremadamente simplistas. Es probable que todos tengan su justificación en alguna frase de Orozco, sin embargo, dejan a un lado muchos factores importantes que se desprenden de la obra en su conjunto, y sin los cuales toda observación resulta parcial.

En general, el trabajo de Alicia Huerta es muy pobre. Carece de un análisis profundo y no presenta ningún tipo de originalidad. Lo único medianamente rescatable de todo el libro es el colofón (pp. 115-119), en donde se hace un breve estudio de los personajes que integran la versión de Orozco de la Conquista, pero no del papel que éstos desempeñaron. Se dice también que para Orozco la Conquista fue una "epopeya trágica" (que no "heroica", como había señalado antes).

El segundo trabajo que compone este apartado es de Susana Uribe Ortiz y se titula *Manuel Orozco y Berra en la historiografía mexicana*³⁵. El objetivo principal de la autora es el de analizar las dos principales obras históricas de Orozco, de manera tal que el lector pueda formarse una idea general de su contenido, así como también del pensamiento de su autor. Otro objetivo, ciertamente secundario, es el de determinar la importancia e influencia posterior de la obra de Orozco dentro de la historiografía mexicana. Desafortunadamente, esta loable intención no pasa de ser una promesa.

El método empleado por Susana Uribe consiste, en primer lugar, en dividir la obra de Orozco en lo que ella llama "diversas modalidades" (la exposición fiel y la coordinación de las fuentes primarias; las aportaciones originales del autor y sus hipótesis posteriormente confirmadas; las limitaciones de su época; las opiniones religiosas de Orozco y su indofilia moderada). A continuación, la autora cita extensos fragmentos de la obra de Orozco con el fin de apoyar sus afirmaciones. El resultado es una exposición sistemática y bien lograda, pero que tiene más de resumen que de interpretación.

³⁵ Susana Uribe Ortiz, *Manuel Orozco y Berra en la historiografía mexicana*, México, UNAM [tesis de maestría], 1963.

No obstante, existen algunas excepciones. Al iniciar su análisis de la *Historia antigua*, Susana Uribe afirma:

Desde luego, podemos señalar en su obra [la de Orozco] ciertas influencias de la Ilustración, porque nos ofrece una historia de las culturas del México antiguo, en las que no sólo se ocupa del aspecto político, como lo hacían los historiadores anteriores a Voltaire, sino que hace un análisis lógico de los acontecimientos y explica el grado de adelanto de cada pueblo. ³⁶

Un poco más adelante, siguiendo con la exposición de las influencias de Orozco, nos dice:

Del romanticismo proviene su amor al pasado y la tendencia a exaltar la importancia de las culturas prehispánicas, aunque su historia está escrita sin pasión y su indofilia es bastante moderada [...] Es innegable que Ranke influyó, de manera notable, en la mente de Orozco y Berra, puesto que, como el gran maestro del método de la crítica psicológica, sólo empleaba fuentes de primera mano, sujetas al más riguroso análisis [...] ³⁷

En relación al método de Orozco, su explicación es la siguiente:

En general, Orozco y Berra actúa como un historiador veraz y desapasionado. Se concreta a exponer los hechos de una manera diáfana, sin discutir lo que le parece bien fundado. Se apoya siempre en las fuentes para reforzar sus opiniones y utiliza una copiosa bibliografía, que dan a su obra un carácter de absoluta seriedad científica. ³⁸

Como puede verse en los párrafos citados, Susana Uribe se preocupa un poco más que su antecesora (Alicia Huerta) por definir las características generales de la obra de Orozco. De hecho, constituye un verdadero acierto el señalar la existencia de más de una vertiente intelectual dentro de la idea de la historia tácitamente elaborada por don Manuel. Pese a ello, al llegar a las conclusiones, nuevamente encontramos una serie de trilladas opiniones sobre Orozco³⁹, en vez de una presentación en conjunto de los resultados de la investigación o de conclusiones propiamente dichas.

³⁶ *Ibidem*, p. 15.

³⁷ *Ibidem*, pp. 15-16.

³⁸ *Ibidem*, p. 18

³⁹ Por ejemplo: "A Orozco y Berra le tocó la gloria de haber realizado el trabajo más coherente y de mayor amplitud sobre historia y antigüedades mexicanas, gracias a la coordinación de una abrumadora cantidad de fuentes impresas y manuscritas que tuvo la suerte de poder consultar, a su estricto rigor científico, a su buen juicio crítico y a su imparcialidad, hasta donde humanamente es posible lograrla". *Ibidem*, p.85.

D) Obras críticas e interpretativas.

En 1938 se publicó, por primera y última vez, la *Historia de la Dominación española en México*⁴⁰ de Manuel Orozco y Berra. Este hecho motivo la aparición de una breve nota (mitad reseña, mitad análisis) de don Edmundo O'Gorman, en enero del año siguiente⁴¹. La nota en cuestión se divide en dos partes, la primera dedicada al análisis del contenido de la *Historia de la Dominación...*, mientras que la segunda es un espacio destinado a la presentación de algunas reflexiones "encaminadas a valorizar la obra en la actualidad en que ha hecho su aparición". Antes de continuar con la exposición de las ideas contenidas en ambas partes, es conveniente agregar que, para 1939, O'Gorman se encontraba lidiando sus propios «combates por la historia», razón por la cual Orozco y Berra resulta ser el pretexto idóneo para lanzar una especie de «Manifiesto o'gormaniano».

Lo primero que nos dice O'Gorman sobre la citada obra de Orozco, es que fue hecha a imagen y semejanza del trabajo del P. Andrés Cavo⁴², que le sirvió de modelo, o que consideró insuficiente y decidió completar, como se estilaba en su época. Para probar este punto, O'Gorman transcribe algunos fragmentos de las dos obras que, por su notoria semejanza, no dejan lugar a dudas. Es este parecido, y el hecho en este caso nada desdeñable del uso de apostillas cronológicas, lo que lleva a O'Gorman afirmar que esta obra de Orozco fue concebida como un trabajo fundamentalmente *útil* (por no decir utilitario). Es decir, que se trata de un libro "recomendable y útil, para quien busque datos fidedignos como índice para iniciar alguna investigación"⁴³, a la manera de un diccionario o enciclopedia.

⁴⁰ Manuel Orozco y Berra, *Historia de la Dominación española en México*, advertencia por Genaro Estrada, México, Antigua Libr. Robredo, 1938. No fue ésta, propiamente hablando, la primera edición: en 1906 publicó el primer tomo J. Aguilar Vera y Cía. Sin embargo, la edición casi íntegra fue destruida por sus impresores, habiendo quedado sin portada ni prólogo los poquísimos ejemplares salvados. Vid. Roberto Ramos, *Bibliografía de la Historia de México*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1965, p. 460.

⁴¹ Edmundo O'Gorman, "La dominación española de Orozco y Berra" en *Letras de México*, v.II, No.1, enero de 1939, pp. 12-13.

⁴² Andrés Cavo, *Los tres siglos de México durante el Gobierno español hasta la entrada del Ejército Trigarante*, Publ. con notas y suplemento, Carlos María de Bustamante, México, Imp. de Severino Santa María, 1929.

⁴³ Edmundo O'Gorman, *Op. cit.*, p. 12

Posteriormente, O’Gorman traza, en líneas generales, los conceptos que él considera necesarios a la hora de juzgar una obra histórica. Haciendo más que patente su historicismo vitalista, concluye:

Sin nuestra noción vital del tiempo no habría Historia, y a ello se debe que hasta lo filosófico se nos presenta, a nosotros hombres hacedores de historias, como algo histórico, percedero, mortal. Es, pues, necesario superar la barrera temporal y vencer la muerte; pero como lo histórico es impensable sin Tiempo, es preciso aceptar la existencia de un *Tiempo Inmortal*, que se manifiesta en un profundo e íntimo sentimiento. Este sentimiento es lo esencial de lo histórico, es la explicación de la existencia misma de la Historia y se *revela* en un sentimiento del pasado, no como cosa ajena, no como Naturaleza, sino como el *pasado propio*, sin lo cual no hay Historia verdadera.⁴⁴

Aplicando estas reflexiones, O’Gorman se pregunta: “¿qué es lo que representa para nosotros la obra de Orozco y Berra? ¿qué clase de historia se consigna en las páginas de su libro?” Para responder, nos remite nuevamente a la idea del libro útil, de un libro cuya estructura central es la de *Índice*:

En tal virtud, en la obra que comentamos sólo se encuentra como liga interna una ciega sumisión a la cronología que obliga a explicar los hechos como una continuidad basada en un postulado de causa y efecto, que, sin comprobación alguna, se aplica a la Historia [...] Este carácter fundamental de la obra es una manifestación de una actitud inicial prejuiciada: el *afán de dominio*, que substituye, de manera muchas veces inconciente, el *afán de saber*, de donde se desprende como postulado, mediante al concepto de evolución, la *creencia en el Progreso*.⁴⁵

No obstante lo anterior, O’Gorman rescata el trabajo de Orozco como una aportación al campo de la historia, pero dentro de un estadio específico de la labor histórica: el documento. De tal forma que O’Gorman ve en la obra de Orozco lo mismo que el propio Orozco vio en ella: algo útil. La diferencia fundamental es que para O’Gorman la tendencia utilitaria es solamente un “estado preparatorio de la investigación”, mientras que para Orozco se trata de la investigación misma.

Por desgracia, Edmundo O’Gorman no escribió nada en relación directa con la más importante obra de Orozco y Berra, la *Historia antigua*. Sin embargo, es posible suponer, empleando la inferencia lógica, que muchas de las opiniones y juicios arriba

⁴⁴ *Ibidem*, p. 13.

⁴⁵ *Ibidem*.

enunciados se aplicarían igualmente para esta obra. Pero es necesario hacer algunas acotaciones. En primer lugar, si bien es cierto que dentro de la *Historia antigua* Orozco procede siguiendo el orden cronológico, no es ésta su estructura primordial, pues, en vista de las divisiones internas de la obra y de la disposición de los libros que la componen, la estructura resulta temática. En segundo lugar, la *Historia antigua*, a diferencia de la *Historia de la Dominación española*, es una obra terminada, lo que implica una mayor complejidad, tanto estructural como conceptual.

Por último, O'Gorman ve en la *Historia de la Dominación española*, como ya se dijo, algo similar a un documento, útil "para quien busque datos fidedignos". Pero la animadversión que siente por la producción historiográfica de "una época que tuvo el orgullo de alejarse demasiado de la vida"⁴⁶, le impide aquilatar el valor que por sí misma tiene para explicarnos un pasado que también nos es propio. Esto resulta válido para la *Historia antigua* y, en general, para casi cualquier obra proveniente del pasado, ya sea histórica o no.

Continuando con el orden cronológico impuesto de antemano a la presente relación, el siguiente texto a comentar es la sección dedicada a Orozco y Berra dentro de *Los grandes momentos del indigenismo en México* de Luis Villoro⁴⁷. Es este trabajo un análisis crítico del método y de la imagen de "lo indígena" que emanan de la obra de Orozco y Berra. Pese a la gran calidad general del texto, algunas de las críticas de Villoro llegan a ser un poco excesivas. Esto se debe en buena parte a una "actitud inicial prejuiciada", como diría O'Gorman, pues Villoro no emplea la palabra "indigenismo" exclusivamente para designar un hecho o un tipo de pensamiento, sino como un calificativo, hasta cierto punto peyorativo.

En resumen, aquí podemos observar uno de los pocos ataques dirigidos, no siempre con fundamento, contra la obra de Orozco y Berra. A continuación se presentan algunos de los principales planteamientos del autor.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Luis Villoro, "Manuel Orozco y Berra", *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, pp. 141-166.

Para Villoro, la obra de Orozco es un conglomerado de datos, completos y limpiamente ordenados, dentro de los cuales el mundo indígena deja de ser un universo articulado y orgánico: “el indígena se ha atomizado en mil pedazos”.

En relación al método de Orozco, al que califica como “lo más personal en una historia aparentemente impersonal”, dice el autor:

El indio se estudiará desde un método preciso: desde las reglas que presiden el nacimiento y evolución de todo pueblo primitivo o semicivilizado. El indio se considerará, desde el principio, como un caso más en la humanidad [...], cuyo estudio no podrá lógicamente diferir del estudio de otro cualquiera [...] Existe un tramado de leyes generales mecánicamente aplicable a cada caso [...]⁴⁸

Pero, según Villoro, el empleo de este método no fue el único pecado de Orozco. Obviamente, la aplicación de la famosa “Ley sociológica general”, el determinismo geográfico y la reducción de todas las explicaciones a una “ley universal”, expresada en la antinomia barbarie/civilización, dejan a Orozco muy mal parado ante los ojos de Villoro, para quien hasta el empeño de éste por integrar sin excluir el terreno religioso del científico deviene en error:

La historia pierde así, por fin, todo arraigo en lo sobrenatural, aun el mínimo que Clavijero le había conservado. Pero –al propio tiempo– pierde también su línea unificante que hasta ahora le había dado una unidad, una dirección y un sentido. Los hechos, al no admitir más que una explicación objetiva, pierden su dimensión de sentido, se atomizan, apenas relacionados entre sí. La historia toda tiende a desmoronarse en nuestras manos, falta un esqueleto que la mantenga en cohesión y firmeza. Su antigua armazón ha sido cuidadosamente extraída del cuerpo. Y el bisturí de la ciencia ha sido el responsable del hecho. La operación destructora se ha realizado con éxito y no parece que nuestro historiador se preocupe por encontrar una armazón que reemplazara a la antigua.⁴⁹

La afirmación anterior no me parece del todo acertada, puesto que si Orozco le quitó a la historia esa “línea unificante” que venía siendo la religión (o la inferencia de lo sobrenatural), colocó en su lugar la creencia en el Progreso de la civilización, única con validez en su época y, a fin de cuentas, igualmente metahistórica. Además, como se verá en el siguiente capítulo, Orozco no fue tan «científico» como Villoro afirma.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 150.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 157.

Posteriormente, Villoro regresa sobre el tema de la despersonalización de lo indígena ("Será [para Orozco] el indio una muestra más de un pueblo antiguo semicivilizado, con todos los caracteres típicos de cualquiera de éstos".), para extraer curiosas conclusiones. Según él, Orozco se desprende de su objeto de estudio y adopta el papel, "inconscientemente sin duda", de simple espectador o, al menos, ese es el ideal al que aspira. El resultado de este desprendimiento –nos dice– da la impresión de que para Orozco el objeto de estudio es indiferente, y que habría procedido de igual manera aunque su trabajo estuviera dedicado a griegos, esquimales o vikingos.

Es posible que no exista ni una sola línea en toda la obra de Orozco y Berra que contradiga esta afirmación de Villoro. Sin embargo, en mi opinión, ninguna persona en su sano juicio –y Orozco dejó suficientes pruebas de tenerlo– puede dedicar la mayor parte de su vida a estudiar algo que le resulta "indiferente". Además, el hecho de que Orozco insista en ver a los pueblos prehispánicos como "un caso más en la humanidad", desde su perspectiva no equivale a restarles importancia, sino todo lo contrario, pues los coloca dentro del gran carro de la Historia Universal, al lado, ni más ni menos, que de griegos y romanos. En otras palabras, Orozco presenta y piensa a México como una nación poseedora de una historia igual –y por lo tanto equivalente en gloria y universalidad– a la de las más cultas y poderosas naciones del orbe.

Por otra parte, Villoro, que critica ásperamente la posición de "observador" desapasionado de Orozco y Berra, también reprueba la toma de partido. En su opinión, el autor de la *Historia antigua* no se inclina a favor de los aztecas por genuina simpatía o comprensión histórica, sino por considerarlos sus coterráneos y sentir lastimado su patriotismo frente a la agresión foránea que significó la conquista. Es por ello que poco antes de finalizar nos dice:

La narración de la conquista es, toda ella, una defensa patriótica. La victoria española aparece como resultado de todo género de traiciones y perfidias, cúmulo de actos de "escandaloso bandolerismo", de asesinatos premeditados, de crueldades inconfesables. Orozco abandona su imparcialidad de juez lejano [...]50

50 *Ibidem*, p. 166.

Como puede verse, el principal defecto del análisis de Luis Villoro es pedir mucho más de lo que la obra de Orozco y Berra puede dar. Villoro juzga y condena, y parece olvidar que Orozco vivió y trabajó en la segunda mitad del siglo pasado, con todo lo que esto implica.

Más o menos en la misma tónica se encuentra el trabajo de Victor Rico González, pero con mucha menos fortuna. Se titula *Hacia un Concepto de la Conquista de México*⁵¹. La idea principal del libro es bastante buena, pues consiste en un seguimiento historiográfico del concepto de conquista a través de la visión de reconocidos historiadores. Sin embargo, a juzgar por la parte que le toca a Orozco y Berra, el trabajo de Rico González no pasó de eso: una buena idea.

Existen suficientes pruebas, lógicas y documentales, que me permiten afirmar, con absoluta certeza, que don Manuel Orozco y Berra nunca, pero nunca, pudo leer a don Edmundo O'Gorman. Este hecho innegable, o verdad de Perogrullo, no tendría ninguna razón para venir a cuento de no ser porque, al parecer, Victor Rico González lo ignora, pues, en el fondo, este autor le reclama a Orozco el no haber escrito su obra de acuerdo con los preceptos del historicismo impulsado por don Edmundo. En otras palabras, Rico González se apoya en O'Gorman para hacer justamente aquello que O'Gorman recomendaba *no* hacer: regañar a un muerto.

En primer lugar, Rico González elabora una pequeña biografía de Orozco y Berra. Más adelante nos dice que si no se relaciona la obra de Orozco con su biografía, esta última no tendría por qué aparecer en su trabajo, pues sería inútil. Por lo tanto, el siguiente paso del autor es llevar a cabo dicha relación. En un principio, este procedimiento nada tiene de malo, los deficientes son los resultados.

Para Rico González, la palabra que define a la obra de Orozco es la "ambigüedad", que entiende como una persistente incapacidad para formular juicios categóricos. De esta manera, Rico se lanza sobre la biografía de Orozco en búsqueda de datos que revelen una personalidad ambigua, incapaz o temerosa de tomar decisiones. Es

⁵¹ Victor Rico González, "Orozco y Berra", *Hacia un Concepto de la Conquista de México*, México, UNAM-Instituto de Historia, 1953, pp. 167-202.

bien sabido que si alguien comienza una investigación con una idea preconcebida, muy probablemente logre encontrar los datos que la confirmen, aunque para ello tenga que someter a las fuentes a la más despiadada tortura. Pues bien, a continuación se transcriben algunas de las pruebas que, según Rico González, confirman su teoría:

[...] la intervención francesa viene a romper bruscamente bienestar y prestigio: [a Orozco y Berra] le falta fuerza de alma para seguir a los suyos [los liberales comandados por Juárez] en la grande y difícil empresa de recuperar la patria. El argüirá en su defensa la falta de medios económicos para sostener a su familia durante la odisea, pero también otros tienen familia y la emprenden sin vacilar. Con todo, intenta todavía un medio de resistencia al francés: la abstinencia de la vida pública; pero, entonces como nunca, su debilidad vence a su criterio, y no sólo acepta cargos, sino que se inclina ante los honores, casi ridículos por lo efímeros, que prodiga el desgraciado emperador [...]⁵²

El párrafo citado contiene tres errores: uno de apreciación, uno de construcción lógica y un anacronismo. En relación al primero he de aclarar que, para 1863, don Manuel Orozco y Berra estaba a punto de completar la nada despreciable cantidad de diez hijos, y se sabe que en dos ocasiones escribió a Juárez (sin lograr ninguna respuesta) solicitando el pago de los sueldos atrasados que devengaba como Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones y Gobernación, con el objeto expreso de poder acompañar a Juárez sin dejar desamparada a su numerosa prole. El segundo error consiste en afirmar que Orozco “argüía” en su defensa la falta de medios económicos para sostener a su familia, y después agregar, a manera de reproche, que “también otros tienen familia”. El impedimento de Orozco para seguir a Juárez era precisamente la falta de medios y no el hecho mismo de tener familia, con lo cual la comparación carece de referente. Por último, el anacronismo se presenta cuando Rico González dice que Orozco se inclinó ante honores “casi ridículos por lo efímeros”. No es necesario ser un lince para observar que, para 1864, lo que resulta ridículo es pensar que alguien, quien quiera que fuese, podía predecir el futuro y darse cuenta que el Segundo Imperio sería un periodo efectivamente “efímero”.

⁵² *ibidem*, p. 172.

Haciendo un alarde de agudeza (?), Rico González nos dice que el prólogo de Orozco para su *Historia antigua* es “un documento que resume el fracaso de toda una vida”. El autor justifica semejante afirmación diciendo que “el éxito adjetivo [la fama de Orozco en el campo de la cultura] no puede compensar jamás el fracaso sustantivo [la semipobreza de sus últimos años], por lo menos desde el punto de vista del sujeto”⁵³. Los comentarios salen sobrando.

Una vez que se han encontrado suficientes pruebas condenatorias, Rico González prosigue con el análisis de la obra, no sin antes dar lectura a la sentencia:

En todo caso, lo que nos interesa señalar es que en Orozco y Berra están muertas, al escribir la *Historia*, ciertas virtudes que son esenciales al intelectual de gran envergadura. Nos referimos sobre todo a la firmeza de la voluntad que da claridad y decisión al juicio, y que, sobre todo en el campo de la historia, resulta indispensable para no caer en ambigüedades y juicios de transacción no siempre justificados en los que, como veremos, cae Orozco y Berra.⁵⁴

Y, en efecto, todos los errores de Orozco, según Rico González, se deben a una “injustificable ambigüedad”, producto de la carencia de un criterio único y definido. Sería relativamente sencillo desmentir la mayor parte de las observaciones del autor por ser ahistóricas, anacrónicas o sencillamente erróneas. Por ejemplo, en la primera parte de su trabajo Rico nos dice que la obra de Orozco, en lo que a estilo se refiere, se encuentra plagada de arcaísmos, producto sin duda de la gran cantidad de manuscritos y libros antiguos que tuvo que leer. Más adelante, para subrayar y criticar el carácter ambiguo del “indigenismo” de Orozco, el autor transcribe una frase de la *Historia antigua* en donde se usa el término “bárbaros” para designar a los indígenas. Este hecho, que perfectamente podría entenderse como el uso, sin mayor trascendencia, de un arcaísmo más, sirve a Rico para atacar con renovados bríos:

Repare el lector en que, aquí como nunca, aparece la ineptitud de Orozco para pensar por sí mismo [?]. Sin duda, la fuente de donde tomó la información para el párrafo a que corresponde esa frase, usa el término “bárbaros”, y él lo transcribe tan irreflexivamente como transcribe otras cosas [...] Para un historiador que, en rigor, merezca tal nombre, las fuentes sirven exclusivamente para proporcionar datos: el criterio lo pone él.⁵⁵

⁵³ *Ibidem*, p. 172.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 190.

En vista de todo lo anterior, es posible afirmar que, para Rico González, una obra histórica escrita en el pasado está obligada no sólo a decir la verdad, sino a decir aquello que desde nuestra perspectiva sea verdadero; y que un historiador no sólo debe emplear un criterio único y definido, sino un criterio que satisfaga nuestras expectativas, como si el historiador y su obra pudieran abstraerse de la historia misma. Por otra parte, no es mi intención aparecer como un apologista más de Orozco y Berra, justificando todos sus errores y atacando a sus críticos. Sin duda alguna, la obra de Orozco no es perfecta ni mucho menos, pero criticarla ferozmente a la vista de nuevos conocimientos y nuevas interpretaciones, además de alevoso, no conduce a nada.

Cambiando por completo de tesitura, el último integrante de esta apartado, dedicado a las obras críticas y de análisis sobre Orozco y Berra, es Benjamin Keen. Como lo indica su título (*La imagen azteca en el pensamiento occidental*), el libro de este autor es una revisión, verdaderamente completa y bien realizada, de la imagen que a lo largo de la historia se ha formado occidente de la civilización azteca, vista a través de una buena parte de los autores que han tratado el tema. Dentro de esta obra se incluye un capítulo de sugerente nombre: "Adiós a la fantasía: de Orozco y Berra a Seler"⁵⁶. En él, Benjamin Keen analiza a Orozco como uno de los principales miembros de lo que denomina "escuela nacionalista" misma que "adhiriéndose al método positivista y científico de su fundador, José Fernando Ramírez, evitó los misticismos y exageraciones de un Mier o un Bustamante"⁵⁷, lo que no significó que algunos de sus miembros cayeran en lo que el autor llama "fantasías científicas".

Benjamin Keen sitúa a la *Historia antigua* de Orozco como un ejemplo clásico de historiografía porfirista. Esta última, muestra la misma heterogeneidad que el régimen dentro del cual se le suscribe, es decir que "incluía viejos liberales juaristas, que se aferraban a sus ideales libertarios, ardientes católicos conservadores y científicos empedernidos, que desdeshaban la democracia y estaban convencidos de que los indios

⁵⁶Benjamín Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, tr. Juan José Utrilla, México, FCE, 1984, pp. 421-470.

⁵⁷*Ibidem*, p. 422.

eran una raza inferior.”⁵⁸. Salvo por lo del desdén a los indios, Orozco y Berra pertenece un poco a cada grupo pues, a decir de Keen, Orozco “empezó su libro con un credo histórico, compuesto de ortodoxia católica, positivismo y nacionalismo.” Un poco más adelante, el autor define con mayor precisión lo que esto implica:

En general, el método histórico de Orozco fue el método positivista y sociológico de Ramírez, que intentaba descubrir las raíces naturales y materiales de todos los fenómenos históricos, y explicaba todo comportamiento y todas las ideas, por muy irracionales que pudieran parecer a los ojos modernos, como producto de una etapa determinada de la evolución social.⁵⁹

Sin embargo, en el caso de Orozco “la aplicación de este principio sin espíritu crítico” y su firme determinación “de llegar a las raíces naturales de las creaciones más poéticas y fantásticas del espíritu indígena, produjeron algunos resultados grotescos”. Este fenómeno se puede observar cuando Orozco intenta traducir los mitos y leyendas prehispánicas en hechos históricos reales. Las descripciones resultantes de esta operación resultan casi tan fantásticas (por la pretensión de ser correctas) como los mitos en que se apoyan. Pero el trabajo de Orozco no se reduce a este equívoco, para Keen el estudio que éste hace de la vida diaria, de la actividad económica y de las clases sociales aztecas “conserva casi todo su valor original”. Además, Keen encuentra una intencionalidad en la obra de Orozco que ningún otro autor había señalado: “El análisis de la organización social azteca equivale a una refutación total de las ideas revisionistas de Morgan y Bandelier”⁶⁰.

Otro aspecto del que se ocupa Benjamin Keen es el criterio estético de Orozco. De este tema nos dice que, ciertamente, el autor de la *Historia antigua* usó aquel que era convencional en su tiempo. Para él, pintura y escultura aztecas eran defectuosas por la incorrección del dibujo y la falta de sentido de la proporción. Pero esto no bastaba para descalificarlos por completo pues, según señala Keen, “Orozco defendió el poder

⁵⁸ *Ibidem*, p. 430.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 432. Se refiere a la corriente revisionista norteamericana de mediados del siglo pasado, surgida como reacción al romanticismo, encabezada principalmente por Lewis H. Morgan y su discípulo Adolph F. Bandelier, que sostenía que la civilización azteca no era mucho más que una sociedad tribal escasamente desarrollada.

expresivo de la pictografía azteca y dedicó largos y sesudos capítulos a este tema y al lenguaje náhuatl.”

En vista de que el trabajo de Keen se encuentra centrado, precisamente, en la imagen azteca, es poco lo que nos dice con respecto a la conquista según Orozco. No obstante, sus breves comentarios sobre el tema son muy reveladores:

El último vestigio de la tan decantada imparcialidad de Orozco desaparece en su narración de la Conquista. Sus simpatías están por completo con los aztecas defensores de Tenochtitlán [...] En cada cuestión en que hubiera que tomar una decisión sobre la culpabilidad española –la matanza de Cholula, la muerte de Moctezuma, el ataque de Alvarado a los indios que celebraban en la Plaza Mayor de Tenochtitlán–, el voto de Orozco fue “culpable”.

En cambio, al terminar la refriega vuelve Orozco a su anterior tono de serena imparcialidad. Considerando la Conquista a la luz del largo proceso evolutivo y la ley del progreso, le da su aprobación incondicional [...] Luego pasa Orozco, a la manera de Alamán, a enumerar las ventajas materiales y sociales derivadas de la Conquista[...] No obstante, Orozco expresa cierto pesar de que, en el desplome general de la antigua civilización mexicana, no se conservaran algunas de sus realizaciones [...] Termina desechando, por hipotética y vana, la cuestión de si habría sido mejor que otro pueblo y no los castellanos efectuara la Conquista.⁶¹

Sin ínfulas teóricas de ningún tipo, la obra de Keen nos ofrece uno de los más lúcidos análisis sobre Orozco, pese a la brevedad del espacio que le dedica. Tal parece que fue necesario un historiador extranjero, ajeno a las pugnas de nuestra historiografía, para presentar una imagen no distorsionada, por admiración o desprecio, de la obra de Orozco y Berra. Sin embargo, el trabajo de Keen es sólo eso: una presentación enfocada a extraer únicamente un aspecto (la imagen azteca), ciertamente de gran importancia, pero que no abarca otras posibilidades.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 433-434.

E) Comentarios

En vista de la gran variedad de posturas que existen sobre la vida y obra de don Manuel Orozco y Berra, resulta demasiado complejo extraer algún tipo de consenso. La mayoría de los autores aquí analizados presentan opiniones contradictorias y excluyentes, siendo más bien raras las complementarias o concordantes. Dentro de los del primer grupo, por citar sólo un ejemplo, existen aquellos que incluso llegan a negar el título de «historiador» a Orozco y Berra (O'Gorman, Rico González) y el extremo opuesto que habla de él como el historiador por excelencia, por lo menos de su época (Vigil, todos los biógrafos, etc.). En el plano del consenso, muchos señalan que el principal mérito de Orozco fue la realización de la primera gran síntesis de nuestra historia, pero esta opinión generalmente aparece al lado de pobreza en el análisis.

Otro factor que complica la cuestión es que prácticamente no es posible dilucidar una clara línea divisoria entre las distintas opiniones. Alabanzas y críticas se entremezclan en los trabajos de detractores y apologistas. Es por eso que las categorías en que coloqué a cada uno de los textos, para facilitar su análisis y presentación, resultan hasta cierto punto artificiales, pues fueron establecidas en función de su corriente predominante, pero no única.

De cualquier manera, el objeto de la revisión fue mostrar precisamente lo contradictorio. La de por sí poco estudiada obra de Orozco y Berra se cubre de oscuridad ante tan dispares puntos de vista. ¿Se deben tomar todas las opiniones para extraer, por medio de la selección crítica, una opinión más? No es mi intención decir la última palabra, entre otras cosas porque no creo en las palabras definitivas. En los siguientes capítulos expondré mis propias consideraciones sobre la obra de Manuel Orozco y Berra, apoyandome en un método diverso de aquellos que hasta ahora se han venido utilizando.

Capítulo II

La idea de la historia de Orozco y Berra

Como quedó señalado en el capítulo anterior, la historiografía existente sobre Orozco resulta muy divergente y, en ocasiones, contradictoria. Esto es especialmente cierto en lo relacionado con sus influencias y su método. Para hablar de estos temas, los autores consultados emiten opiniones que van desde el cientificismo alemán hasta el romanticismo, pasando por el racionalismo de la Ilustración y el positivismo sociológico, contradiciéndose unos a otros. En buena medida Orozco mismo es el responsable de semejante confusión. Si consideramos que cada una de las corrientes o escuelas arriba enunciadas presentan una idea de la historia distinta y hasta antagónica con respecto a las demás, ya podrá el lector imaginar lo difícil que resulta extraer algo en claro. Sin embargo, no es tarea imposible, pero es necesario tomar en cuenta que en la obra de Orozco conviven –no siempre con armonía– elementos de todos los tipos.

Cualquier persona que en la actualidad se dedique al estudio de la historia en nuestro país, sabe perfectamente que los avances teóricos y metodológicos producidos en Europa y en Norteamérica, salvo algunas excepciones, llegan hasta nosotros con aproximadamente diez años de retraso. El mismo fenómeno se presenta en el siglo pasado, también con excepciones, difiriendo únicamente en el monto de los años, que para ciertos casos acendía casi a ochenta. No obstante, dicho retraso no significa ni aislamiento total ni desconocimiento absoluto de las novedades. La producción historiográfica extranjera influyó incuestionablemente en los historiadores mexicanos decimonónicos, algunos de los cuales estaban al tanto de las producciones más recientes. Aunando a lo anterior un desarrollo independiente del pensamiento histórico mexicano, encontramos una compleja red de relaciones e influencias, donde se entremezclan nuevas metodologías con antiguas concepciones de la historia y viceversa.

Un ejemplo de lo anterior, que podría ser catalogado como típico, es la obra de Orozco y Berra. A mi juicio, la historiografía sobre Orozco, revisada en el capítulo I, presenta un error casi sistemático que consiste en extraer una frase de su contexto y luego presentarla como evidencia para justificar la inserción de Orozco en tal o cual tipo de pensamiento. A continuación expondré algunas de las consideraciones que me permiten sostener esta afirmación y, por otra parte, intentar un esbozo de la idea de la historia contenida en la *Historia antigua*.

Una lectura detallada de los dos primeros tomos de dicha obra, arrojó interesantes resultados. En primer lugar, puede decirse que en el método empleado por Orozco se mezclan terminologías relativamente nuevas para su época, con una visión de la historia mucho más antigua. Es decir, Orozco maneja conceptos tales como “ley del progreso” y “datos positivos” –que algunos autores relacionan de inmediato con el positivismo comteano–, para explicar un proceso histórico entendido a la manera del prerromanticismo de Johann Gottfried Herder. Veamos estos elementos con mayor detenimiento.

A) Orozco como romántico.

A simple vista es difícil encontrar un vínculo que relacione a Orozco y Berra con Herder. Casi cien años separan sus obras, por no hablar de los kilómetros, el lenguaje, las circunstancias específicas y multitud de otros factores. Es más, me parece muy poco probable que Orozco alguna vez haya leído a Herder, por lo menos no he podido encontrar ningún indicio que así lo afirme. Sin embargo, sostengo que efectivamente existe una relación entre ambos autores. Para poder explicarla, antes quisiera hablar un poco, de manera muy general, del pensamiento de Herder.

Según Hayden White⁶², la obra de Herder constituye una “rebelión” en contra de la historiografía de la Ilustración. Es decir, Herder se rebeló contra un “paradigma de conciencia histórica en el modo metonímico, o de relaciones de causa y efecto” que casi por regla deviene en una comprensión irónica del campo histórico. Para White:

El pensamiento de Herder es “mítico” porque intenta escapar de la metonimia y su consecuencia irónica recurriendo al tipo más básico de explicación y representación, a la base misma de la comprensión mítica, la metáfora ingenua, pero el pensamiento de Herder no es “ingenuo”; esta *conscientemente* dirigido hacia la recuperación de la individualidad del suceso en su unicidad, particularidad y concreción en conjuntos discretos de identificaciones metafóricas. Así, puede decirse que el pensamiento de Herder empezó con una visión del campo histórico como un conjunto efectivamente infinito de hechos particulares, cuyos orígenes o causas se suponían totalmente incognoscibles por la razón, y por lo tanto milagrosos, y cuya totalidad parecía para él como un palpitante y agitado océano de acontecimientos en *apariencia* casuales. Pero Herder no podía quedarse con el mero entretenimiento de esa forma azarosa como realidad última: por razones religiosas o metafísicas, insistió en que ese campo de acontecimientos tenía una base o propósito ontológicamente anterior y superior en lo espiritual, un propósito que *le* aseguraba la unidad, la integración y la armonización últimas de las partes del conjunto.⁶³

⁶² Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, tr. Stella Mastrangelo, México, F.C.E., 1992, p. 75 y ss.

⁶³ *Ibidem.* p 75. De hecho, H. White señala que Herder es un ejemplo de pensador formalista, en cuanto que pretende destacar las cualidades específicas de los individuos que conforman el campo histórico. Sin embargo, como filósofo es organicista pues “afirmaba al mismo tiempo la primacía e irreductibilidad del ser humano individual y de las tipificaciones de los modos de relación de los individuos entre sí [...] Ambos eran de igual manera expresivos de la fuerza o poder espiritual de Dios, que es el responsable último de la integridad del individuo y del tipo, y de su armonización dentro de una totalidad mayor, cósmica, en el curso del tiempo.” *Ibidem.* p. 76. Es por eso que Herder puede ser vinculado legítimamente con el romanticismo y con el idealismo, y, hasta cierto punto, con Orozco y Berra.

El párrafo anterior nos da una idea de la visión de Herder de la historia. En ella, lo más importante consiste en destacar que los elementos individuales que componen el campo histórico conforman una unidad cuantitativa o cualitativamente mayor que la simple suma de las partes. Lo que puede considerarse como el principio de una argumentación típicamente organicista, articulada en el modo sinedótico. A reserva de explicar más adelante esta terminología, la misma idea es expresada (y hasta cierto punto complementada) por Benjamin Keen:

La visión de la historia de Herder, esencialmente religiosa, aceptaba el proceso histórico como desarrollo de un plan divino, como un proceso evolutivo cósmico, teleológico, que incluía en su cadena del ser tanto la naturaleza orgánica como la inorgánica. Figura de la Ilustración en su insistencia en el medio, en su empirismo y en su celo reformador, Herder se levantó en romántica protesta contra la fatua complacencia y el optimismo de la Ilustración, contra su frecuente suposición de la superioridad del hombre civilizado sobre el salvaje. Precursor del relativismo histórico, Herder insistió en el carácter único y en la validez innata de cada civilización. Sus creaciones y sus errores no deben evaluarse según las normas habituales ni a la luz de absolutos históricos. En su fe en la potencialidad del desarrollo de todo grupo y en la bondad esencial del hombre, Herder fue, como la ha notado Gerbi, la antítesis de De Pauw.⁶⁴

Ahora bien ¿Cómo se relaciona el pensamiento de Herder, así planteado, con la obra de Orozco? La respuesta se encuentra en la obra misma, aunque no del todo explícita. Aparte de las fuentes primarias, probablemente el autor más citado por Orozco es Alexander von Humboldt. De él, Orozco toma información, opiniones y juicios. Sobre cualquier tema en el que exista controversia, Orozco casi siempre da la razón a Humboldt, de cuya autoridad y método científico no alberga la menor duda. Considerando lo anterior, y antes de mostrar las pruebas, es posible decir que Orozco conoció a Herder a través de Humboldt⁶⁵. Keen nos dice sobre este último: “El idealismo y la pasión de Herder por la humanidad se combinaron con un método científico,

⁶⁴ Benjamin Keen, *Op. cit.* pp. 338-339

⁶⁵ Para Charles Minguet, decir que Herder influyó en Humboldt es un lugar común. Según Minguet, Humboldt tomó todo o “lo mejor” de su filosofía de los enciclopedistas franceses, especialmente Diderot. Sin embargo, independientemente de la raíz de la influencia (francesa o alemana) los lineamientos del pensamiento de Humboldt señalados por Minguet son los mismos que los marcados por Keen (empirismo y racionalismo; la idea de la naturaleza y el mundo comprendidos como un Todo; etc.) *Vid.* Charles Minguet, *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804)*, Tr. Jorge Padín Videla, 2 t., México, UNAM-CCyDEL, 1985, t. I, pp.73-103.

rigurosamente empírico, en los estudios americanos del noble alemán Alexander von Humboldt [...].⁶⁶ El mismo autor añade un poco más adelante:

Dos conjuntos de ideas-guía influyeron sobre la interpretación dada por Humboldt a sus datos y a su juicio sobre la civilización azteca. Uno, favorable a los aztecas, reflejó el hincapié de Herder en la unicidad y el valor de toda época y cultura, su insistencia en que las culturas que correspondieron a distintas etapas del progreso humano no deben evaluarse comparándolas entre sí, y su indignación ante el desdén racionalista del siglo XVIII mostrado hacia las obras del salvaje o bárbaro. El otro, que resultó desfavorable a los aztecas, reflejó el liberalismo, el *laissez-faire* de Humboldt, su odio a todos los gobiernos despóticos, teocráticos y feudales.⁶⁷

Según Keen, Humboldt no empleó el método comparativo para calificar a las civilizaciones como buenas o malas, "sino para establecer vastos lineamientos de desarrollo social y para distinguir las variaciones locales causadas por el medio y la historia".

Es este mismo procedimiento, con algunas modificaciones, el empleado por Orozco y Berra. En su obra, las comparaciones de la civilización azteca con la antigüedad grecolatina, o con cualquier pueblo del Viejo Mundo, se usan de tres formas distintas. En ocasiones, subordinando una intención integradora al nacionalismo; otras veces realiza la operación contraria y, por último, sencillamente recurre a la comparación como referente para sus lectores. Las dos primeras formas de comparación podrían tener como resultado implicaciones positivas o negativas, respectivamente, en relación con los pueblos prehispánicos. Sin embargo, no es esta la intención de Orozco, pues en realidad la búsqueda que prevalece es la de los elementos universalizantes, las cualidades constitutivas del Todo contenidas en una de sus partes.

En el primer uso del método comparativo, la expectativa integradora (heredada de Herder a través de Humboldt) se subordina al nacionalismo de Orozco,

⁶⁶ Benjamin Keen, *Op. cit.* p. 340.

⁶⁷ *Ibidem.* p.341. Juan A. Ortega y Medina en su introducción a Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, FCE, 1966, p. IX, nos dice al respecto: "A pesar de ser Alejandro de Humboldt un típico representante de la Ilustración alemana, de hecho la desborda romántica, activa y radicalmente al situarse en el ala izquierda de la misma, caracterizada, según se sabe, por su extremismo racionalista, su liberalismo a ultranza, su democratismo enajenante, su fisiocratismo neto y su anticlericalismo. El cientificismo de Humboldt, cuyas raíces, por supuesto, no pueden ser sino racionales e ilustradas, se orienta, con todo, hacia una febril y multiforme actividad empírica, pero que no obstante da cabida en él, *muy de acuerdo con la filosofía de Herder*, al sentimiento, a la poesía e incluso a la fe deísta [...]" Las cursivas son mías.

la juventud; nobles y pecheros, grandes y chicos, varones y hembras tenían puntos de contacto con el sacerdocio; por más o menos tiempo habían permanecido en los institutos, entregados a las prácticas piadosas, llevando la vida contemplativa, austera y penitente de los monjes [...] Poseedores de las ciencias, ninguno les podía hacer competencia en los primores del cálculo, en la claridad de la escritura, en los secretos complicados de la astronomía, de la teogonía y de la astrología judiciaria.⁶⁹

Como puede verse, prácticamente todos los calificativos anteriores pueden ser equiparados con un ideal occidental de sabiduría y castidad. Esto constituye un buen ejemplo de cómo Orozco trasladó los valores de su propia época al pasado (ver nota 69). Este punto será tratado más adelante al hablar de la implicaciones ideológicas de la obra de Orozco.

Regresando al tema de las comparaciones, podría objetarse aquí que Orozco sí emplea el método comparativo para evaluar el arte azteca, obteniendo como resultado la idea de que éste era inferior al arte griego.⁷⁰ Sin embargo, en la escala de valores de Orozco y Berra, las representaciones estéticas se encuentran por debajo de los principios morales. Lo que los aztecas pierden en el terreno del arte, lo ganan con creces en la práctica moral:

Las imágenes de los dioses [aztecas] son horribles. Careciendo en lo absoluto de belleza artística, quedan aún más desfigurados por un simbolismo recargado y fantástico, añadiendo espanto a la fealdad. Las estatuas demandaban miedo más que respeto. Las divinidades griegas dejan admirar a sus devotos sus formas correctas, que dan copioso asunto al pintor y al estatuario; las diosas muestran con impúdica tranquilidad sus gracias plásticas, y sólo alguna de ellas mantiene como escondido su intacto pudor. En el panteón azteca, *concebido por pueblos bárbaros pero moralizados*, los dioses se mantienen en un casto decoro; ningún varón anda descubierto, ninguna hembra enseña lo que no permiten las costumbres: tienen el sello que les pusieron imaginaciones adustas, severas, atrasadas; fáltales el insolente descaro de eso que absurdamente se llama refinamiento de civilización.⁷¹

⁶⁹ *Ibidem*, t.I p. 196. Orozco y Berra otorga una importancia excesiva al miramiento de los votos de castidad entre los sacerdotes aztecas, pues, en la mayoría de los casos, sólo eran votos temporales. No pretendo corregir todos los errores de Orozco, pero éste en particular nos revela la intención de elevar moralmente a los aztecas por medio de aproximarlos a, e incluso llevarlos por encima de, los ideales de moralidad occidentales. Sobre el tema de los votos de castidad entre los mexicas véase: Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, 2 t., México, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1989, t.I., pp 348-349.

⁷⁰ *Vid supra* p. 12.

⁷¹ Orozco, t.I, p.117. Las cursivas son mías. Otro ejemplo puede leerse en la página ciento once: "Los dioses mexicanos, atento cada uno al desempeño de sus obligaciones, no tenían espacio para entregarse a pasatiempos: si menos poéticos, mucho más morales que las divinidades griegas, no se ocupaban en fraguar incestos, seducir a las libres y manchar el tálamo de las casadas."

Como una simple acotación, no debe olvidar el lector que Orozco y Berra escribió estas líneas hace unos ciento veinte años, y que, por lo tanto, cuando dice “impúdica tranquilidad” o “insolente descaro”, quiere decir exactamente eso; con toda su carga negativa y sin el menor acento irónico. En resumen, la imagen final que surge como resultado de esta forma de comparación, es en general favorable a los pueblos prehispánicos, tanto por señalar sus elevadas virtudes morales, como por marcar su papel no como una manifestación de la historia universal, sino como parte constitutiva de ésta.

Antes de cambiar de tema quiero añadir que la atribución que hace Orozco de las cualidades (lo bueno particular, lo malo universal), que hasta aquí he tratado de explicar y ejemplificar, no siempre se desempeña como una regla. A veces, la integración no se subordina al nacionalismo, sino al revés. En otras palabras, todo lo que hay de bello y civilizado o de primitivo y supersticioso (a los ojos de Orozco) en otros pueblos del mundo, también puede ser encontrado en los pueblos prehispánicos, pero con características propias. Es de esta forma como Orozco, a su manera, establece “vastos lineamientos del desarrollo social” (argumentación organicista) pero sin olvidar “las variaciones locales causadas por el medio y la historia” (argumentación formalista). Los ejemplos de lo anterior son muchos, uno de ellos puede verse en el empeño de Orozco por mostrar que varios de los pueblos prehispánicos, por lo menos en algún momento de su historia, compartieron la creencia en un sólo dios creador del universo; ya porque sus religiones mantuvieran la prístina pureza y sencillez de los primeros pasos de la humanidad, en el caso de los pueblos más primitivos; ya porque su estado de adelanto fuera tal que, aunque incompleto, les permitiera vislumbrar los principios del monoteísmo, que en su opinión representa el punto más elevado del desarrollo de las religiones:

En la confusión de aquella mitología [la mexica] revuelta y extravagante, se mira descollar la creencia en la unidad de Dios. En la lengua mexicana *Teotl* corresponde a la idea abstracta de Dios. Con esta palabra distinguían a un ser supremo, invisible y eterno, al cual no representaban en forma alguna.⁷²

⁷² *Ibidem*, t.I, p.21.

Es en este mismo sentido, el de mostrar lo universal, que Orozco recurre a la comparación, sin importar se trate de características negativas, como la superstición: "Los cometas, *citlalinpopoca*, estrella que humea, eran pronósticos de muertes de príncipe o rey, guerra o calamidad [...] pensaban en la materia como en los pueblos de Europa hasta hace algunos años".⁷³ Aunque en realidad este tipo de procedimiento es raro; por lo general, Orozco prefiere buscar cualidades positivas: "Casi todos los pueblos [prehispánicos] poseen un mito acerca del fuego, que recuerda al griego Prometeo"⁷⁴ o bien: "Estas renovaciones periódicas [el mito de los cinco soles] se verifican por el agua, el aire, el fuego y la tierra; los cuatro elementos constitutivos de todas las cosas, no sólo en las creencias de los pueblos americanos, sino también en las de los pueblos civilizados del antiguo mundo".⁷⁵

⁷³ *Ibidem*, t.I, p. 28.

⁷⁴ *Ibidem*, t.I, p. 23.

⁷⁵ *Ibidem*, t.I, p. 8. Como ya se dijo, los ejemplos son muchísimos. Tan sólo en el primer tomo, el número aproximado de este tipo de comparaciones asciende a cuarenta.

B) Orozco y el difusionismo de Humboldt

Por otra parte, cuando Orozco realiza un breve recuento de las principales fuentes para el estudio de la historia antigua de México, los comentarios que dedica a Humboldt parecen querer disimular la influencia que éste tuvo sobre su obra y pensamiento:

Los artículos de Alejandro de Humboldt acerca de antigüedades mexicanas, insertos en su obra *Vues des Cordillères*, en general están bien comprendidos; apreciables por la fluidez del estilo, lo luminoso de las reflexiones y notable erudición, merecen ser consultados en muchos casos. Humboldt contribuyó poderosamente a dar a conocer nuestro país en el extranjero, y se le debe considerar como el principal mantenedor de la idea, de la semejanza de la civilización azteca con la de los pueblos de Asia. Formó un compendio cronológico, cuyos fundamentos ignoramos.⁷⁶

Es precisamente esa idea de la semejanza de las civilizaciones, también conocida como teoría difusionista, lo que me permite hablar de una visión compartida de la historia, pues Orozco no sólo la comparte, sino que construye muchas de sus explicaciones a partir de este supuesto. El ejemplo más notable se da cuando Orozco rechaza definitivamente, apoyado en la cronología, la idea de que Quetzalcoatl sea el apóstol Santo Tomas. Pero en virtud de que la misma idea se repite en multitud de fuentes y que los mitos prehispánicos hablan de un "hombre blanco y barbado", poseedor de grandes conocimientos, Orozco piensa que algo tendrá de cierta y se ve obligado a explicarla de alguna manera. Así, Orozco concluye que Quetzalcoatl es, ni más ni menos, que un misionero islandés. Teoría apenas ligeramente menos fantástica que la de Santo Tomas, pero que sirve a Orozco para explicar desde el calendario hasta la presencia de cruces en la iconografía prehispánica. Un procedimiento similar lleva a Orozco a afirmar que Votan, el mítico civilizador de Chiapas, era un Buda. Sin embargo, estos errores manifiestos de interpretación resultan asombrosamente funcionales dentro de la obra, pues todas las explicaciones derivadas resultan perfectamente coherentes con este principio. Acerca del influjo del misionero islandés sobre el calendario, entre otras cosas, Orozco nos dice:

⁷⁶ *Ibidem*, t. I, p. 336

Quetzalcoatl corrigió el calendario. Humboldt, llevado por las semejanzas que encontró, se esforzó en probar el origen asiático del calendario azteca; persuadidos por sus razonamientos, así lo creímos algún tiempo, hasta que nuevos estudios nos convencieron de que el cómputo mexicano, que no es otro que el tolteca corregido por Quetzalcoatl, se deriva directamente del calendario juliano [...] De la misma procedencia viene la adopción de las cuatro estaciones, y la doctrina de los cuatro elementos [...] Si el sistema juliano no está completo, es decir, si no son iguales en número los meses ni los días que los componen, y falta la semana de siete días, la razón es obvia; la corrección vino a efectuarse sobre el primitivo sistema de Tonalamatl o sean los períodos de 260 días, combinando el antiguo con el nuevo cómputo. Por estos trabajos astronómicos, Quetzalcoatl fue identificado con el planeta Venus.⁷⁷

Sobre la introducción del catolicismo, también a cargo de Quetzalcoatl, y su posterior degeneración, explicada a partir de relaciones históricas y no con base en la intervención demoníaca como dicta la tradición, Orozco afirma:

Los dogmas católicos no se conservaron puros, porque no prevalecieron completamente en Tollan; la reacción idólatra, de donde viene el antagonismo religioso de Tezcatlipoca, [...] venció al nuevo culto, y al recoger la tradición los herederos de la civilización tolteca, la desnaturalizaron mezclándola a sus distintas creencias; las transformaron para adaptarlas a sus costumbres. De aquí las modificaciones en las órdenes monásticas de monjes y monjas, en las instituciones religiosas, en la administración de lo que pudieran llamarse los sacramentos.⁷⁸

Para Orozco, la idea misma de la divinidad constituye una prueba de la universalidad del espíritu humano: todos los pueblos del mundo la conciben de alguna manera. El grado de refinamiento que alcance esa concepción depende del medio y la historia particulares, y sirve para indicarnos el “estado de adelanto” de cada pueblo. El rasgo principal y particular de la religiosidad prehispánica (azteca sobre todo) es la convivencia, dentro de un mismo sistema, de creencias «avanzadas» y «primitivas»; fenómeno producido por las características mismas de la historia de sus creadores:

En lo recopilado se advierte, que la religión azteca no admite ser clasificada en ningún sistema puro. Aquel pueblo formó sus creencias a la manera que acrecentó su imperio: sin respeto a la lengua ni a las costumbres, puso bajo su yugo todas las naciones a su alcance; sin considerar si cuadraban o no con sus doctrinas. admitió todos los sistemas de los pueblos vencidos, formando una mezcla confusa e incoherente. En efecto, se ven unidos, un dios incorpóreo, invisible, creador del universo, con dos dioses al parecer increados, padres de una generación de divinidades; es decir, la unidad, la dualidad, la pluralidad [...] Desde las

⁷⁷ *Ibidem*, t.I, p. 87.

⁷⁸ *Ibidem*.

ideas más abstractas acerca de la divinidad [...] se desciende hasta las concepciones más groseras en las ofrendas consagradas a la materia animada e inanimada.⁷⁹

A la vista de estos ejemplos, es posible que alguien piense que Orozco se procuró una salida fácil al problema de explicar el desarrollo autónomo de las civilizaciones prehispánicas. Esto no es del todo cierto. La teoría difusionista podrá estar todo lo equivocada que se quiera, pero no constituye un ahorro de energías hermenéuticas. El hombre explica la realidad a partir de lo que conoce. Orozco y Berra, como tantos otros antes y después que él, encontró similitudes aparentemente inexplicables y, en vez de renunciar al problema (pues sería absurdo pedir que su interpretación concordara con la nuestra), trató de explicarlo como buenamente pudo.

El uso del difusionismo no es el único punto de contacto entre Orozco y Humboldt. Al igual que este último, Orozco, finalmente liberal moderado, ve con verdadero horror a los gobiernos despóticos, pues la organización social que generan constituye un freno al progreso:

Este linaje de propietarios [los tlatoani] constituía una nobleza o clase privilegiada en las poblaciones, presentaba la ventaja de no dejar ir a menos al pueblo, arraigando los hombres al calpulli, aunque producía el aislamiento entre los mismos vecinos y era motivo de poco adelanto, conduciendo a una inmovilidad casi absoluta.⁸⁰

Sin embargo, aún en este espinoso tema, podemos ver el deseo de Orozco por integrar, pues aunque llega a afirmar que “El cáncer de aquella sociedad estaba en el orgullo de los reyes”, no se trata de una enfermedad particular, porque: “La suerte de los privilegiados estaba asegurada, mientras la condición de los *macehualli* o plebeyos era dura y afanosa. Así pasa todavía, de absoluta necesidad, aun en las naciones mejor organizadas”.⁸¹ Benjamin Keen ve en esta afirmación “la complacencia de un darwinista social”.⁸² En mi opinión no es así, pues creo que cuando Orozco dice “de absoluta necesidad” se refiere a que de esa forma pasa y no a que así deba pasar. La prueba de esto

⁷⁹ *Ibidem*, t.I, p. 115.

⁸⁰ *Ibidem*, t. I, p.305.

⁸¹ *Ibidem*, t. I, p.306.

⁸² Keen, *Op. cit.* p. 432.

se da cuando Orozco habla de los labradores que “eran los más desdichados, aunque su desdicha provenía del despotismo del gobierno”. Finalmente, la sociedad azteca (principal protagonista del tomo I) es vista por Orozco como altamente moralizada, draconianamente justa y, en algunos aspectos⁸³, mejor que otras de la antigüedad e incluso actuales, pero despóticamente dirigida, estacionaria y supersticiosa. Estos últimos adjetivos pesan más que los primeros, pues el hombre está obligado, como se verá más adelante, a progresar.

⁸³ Un ejemplo de esto es lo que dice Orozco de la esclavitud: “La esclavitud en Anáhuac, a pesar de ser bárbara institución, estaba organizada de una manera menos irracional que en Europa [...] La ley y la voluntad hacían esclavos; siendo de notar, que en las leyes aztecas no se reconocía el bárbaro principio de la legislación romana [el principio de que los hijos de esclavos nacían esclavos], el fruto sigue al vientre: porque todo hijo de esclavo nacía libre. Esta sola determinación [...] era ya un inmenso paso moral”. Orozco, t.I, p.230. Los aztecas, por citar sólo un par más de ejemplos, también eran superiores en el cálculo calendárico y en lo relativo a la tala de bosques: “Aquellos, dizque bárbaros, tenían mejor policía en este ramo que nosotros[...].” *Ibidem*. p.308.

C) Orozco y el darwinismo

Orozco y Berra conoció muy bien a los autores darwinista-positivistas, especialmente franceses y norteamericanos, de la segunda mitad del siglo pasado (el propio Darwin, E.T. Hamy, J. Lubbock, D. Charnay, H.H. Bancroft, etc.). Sin duda alguna constituyeron una gran influencia dentro de su obra. Sin embargo, en mi opinión, estos autores, imbuidos en la cultura positivista y en la búsqueda de leyes científicas para el desarrollo humano, sólo representan una influencia parcial. Parecerá contradictorio hablar de una influencia a un tiempo grande y parcial, pero no lo es. En efecto, Orozco comparte con los darwinistas todo un vocabulario de términos pseudo-científicos, importados artificialmente a la historia de las ciencias naturales. Pero, y esto es lo más importante, no comparte con ellos una visión o idea de la historia. En contra de esta afirmación se podría decir que algunos de estos autores también son, como era muy común en su época, difusionistas, y que si esa doctrina me sirvió para hablar de una visión compartida de la historia entre Orozco y Humboldt, sería igualmente legítimo vincular, por el mismo camino y con idéntica intención, a Orozco con los darwinistas. Mas no se trata aquí de un mismo difusionismo. Aquel con el que se puede relacionar a Humboldt se encuentra mucho más cercano al romanticismo de las primeras décadas del siglo XIX, y se le puede considerar como el principio del otro, pero este segundo difusionismo tiene más que ver con el positivismo y el evolucionismo propios de la segunda mitad de aquella centuria. No en balde pasaron *esos* cincuenta años.

Ahora bien, ¿qué es lo que me permite afirmar que Orozco sólo tomó de los darwinistas el vocabulario? ¿No es, acaso, Orozco mismo quien se declara en pos de la verdad científica y, para encontrarla, se apoya en estos autores? En primer lugar diré que para poder compartir el pensamiento darwinista es necesario, por lo menos, aceptar el presupuesto básico de esta doctrina: la evolución. Cosa que Orozco, católico confeso, rechaza terminantemente. De aquí se desprende la respuesta para la segunda cuestión,

pues Orozco, haciendo gala de eclecticismo⁸⁴, pretende reconciliar ciencia y religión. Es por eso que de los darwinistas toma sólo los datos que le permiten completar su propia explicación, mucho más acorde con el romanticismo, en tanto que menos agresiva con la fe. Prácticamente, todo este problema se puede ilustrar con un párrafo de Orozco, que merece ser transcrito por completo:

Antes de exponer las noticias que hemos recogido acerca de la antigüedad del hombre en el Nuevo Mundo, necesitamos hacer nuestra profesión de fe, en lo tocante a la cuestión del origen del hombre. Muchas hipótesis se han formulado acerca de ella, y su pluralidad nos parece la prueba más patente de que la ciencia ignora por completo lo que pretende resolver, ya que inventa sistemas contradictorios, embrollados, conocidamente absurdos. Abrumada nos dejaron la cabeza Lamarck y Darwin con las leyes de la herencia y de la variabilidad; la correlación del crecimiento con su reguladora la compensación; la competencia o concurrencia por la vida y la selección natural. Nos han maravillado las cristalizaciones rudimentarias de Mad. Royere. Nos asombraron las conclusiones materialistas y ateas de Burmeister. En ninguno de esos sistemas, y en otros más encontramos la verdad que de buena fe buscamos. Parecieronnos los raciocinios, tan ingeniosos como faltos de fundamento para ser tomados por una demostración; lograron divertir, cautivar a veces la mente, sin que la razón se rindiera, aunque no estaba encastillada en idea preconcebida ninguna; nos parece que se han gastado esfuerzos inauditos de ingenio, pretendiendo oscurecer la luz que a raudales brota de la verdad eterna. Ya que somos incapaces para discutir, diremos sólo cuál es la bandera en que nos hemos filiado como partidarios. Creemos, y racional e intuitivamente preferimos (*siquiera sea por orgullo, aunque la razón no sea científica*), traer nuestro origen de la pareja creada por Dios, a descender en línea recta ni transversal del orangután, del chimpancé o del gorila; preferimos poseer un alma destello de la Divinidad, a hombrear libremente con la materia, sin saber qué hacer de nosotros en esta vida y en la futura. En suma: la Santa Providencia creó un hombre y una mujer, de quienes desciende el género humano.⁸⁵

Una vez que se ha despojado al darwinismo de su fundamento, no se le puede seguir considerando como una postura seria y unívoca ante la historia. Sin embargo, la Ciencia –así, con mayúsculas– sigue en pie, pero restringida al ámbito de lo humano. Orozco, al hacer su “profesión de fe”, renuncia a explicarlo todo gracias a la ciencia y reserva un lugar a lo divino. Finalmente, la cuestión se reduce a un acto de fe repartida entre ambas posturas, donde la balanza se inclina a favor de Dios.

⁸⁴ El eclecticismo podría ser otro de los puntos de contacto entre Orozco y Humboldt: “Humboldt, lo hemos comprobado, fue todo lo ecléctico que se pueda ser, y es en primer lugar por su eclecticismo por lo que pertenece al siglo XVIII.” Charles Minguet, *Op. cit.*, p.79.

⁸⁵ Orozco, t.II, pp. 237-238. Las cursivas son mías.

Mas todavía no ha sido formulada una pregunta indispensable sobre este problema: ¿Cómo hizo Orozco para integrar, sin excluir, ciencia y religión en un mismo discurso coherente? En nuestros días, la salida a este predicamento consiste en evitarlo: ciencia y religión son dos cosas separadas y nadie osa apelar a los principios de una para resolver los cuestionamientos de la otra. Pero para Orozco, amigo de la integración, tal distinción simplemente no existe, pues la divinidad no sólo explica problemas como el del origen del hombre, sino algunos mucho más específicos como la diversidad de las lenguas:

[...] creemos que la verdadera filiación de los pueblos debe de preferencia sacarse de los idiomas que hablan y no de su religión y sus costumbres. Nosotros nos declaramos monogenistas; por consecuencia, aceptamos una lengua primitiva, la hablada por el primer par, padres del género humano. Entendemos la formación de los idiomas de manera muy sencilla. Separada una familia en dos o más fracciones, aunque todas ellas llevan el mismo lenguaje, cada una deberá irlo modificando bajo la influencia de multitud de causas, físicas las unas, intelectuales las otras. Obraban el clima, el aspecto de la tierra, los productos del suelo [etcétera...]; los pueblos montañoses deben tener un lenguaje más pobre en palabras que los habitantes de las llanuras; las tribus cazadoras y vagabundas no tienen un lenguaje tan elaborado como los moradores de las ciudades: una es la lengua del bárbaro, otra la del hombre civilizado.⁸⁶

Vemos aquí la convivencia de por los menos dos principios de explicación. A partir del reconocimiento de un hecho divino, Orozco reconstruye «científicamente» la historia. Para esto, se apoya en lo que podría llamarse determinismo geográfico (e incluso racial)⁸⁷. Si se analiza este nuevo elemento con más cuidado podrá verse que Orozco no sólo lo emplea como un argumento científico más, sino que le permite completar su explicación de forma circular. Efectivamente, si alguien dice que el medio geográfico es capaz de modificar una obra divina, de suyo perfecta, será evidente que su argumentación anda ayuna de coherencia. Pero si, como Orozco, se considera que dicho

⁸⁶ *Ibidem*, t. II, pp. 205-206.

⁸⁷ Un ejemplo de determinismo geográfico es: "Los objetos que rodean al hombre determinan sus ocupaciones; los mexica, metidos en una isla debieron precisamente convertirse en nautas." *Ibidem*, t. I, p. 310. Determinismo racial: "La antropología determina las diferentes razas, la capacidad moral de los individuos, y la distribución del hombre en el globo terrestre." *Ibidem*. t. II, p. 218.

medio es a su vez proporcionado por la Providencia⁸⁸, entonces el argumento se resuelve en sí mismo al hacer de todo el proceso una parte del plan divino. De esta forma, una explicación primordialmente religiosa se reviste de cientificidad. No son pocas las ocasiones en que Orozco realiza esta operación, pero no debe pensar el lector que lo declara tan abiertamente como aquí se expone: para que la explicación sea exitosa, la cientificidad debe ponerse en primer plano, manteniendo tras discreto velo al aspecto religioso. Prueba de esto es el hecho de que Orozco critique acremente a aquellos autores que modificaron la cronología prehispánica para ajustarla a la bíblica:

Además el cambio [en el orden de los cuatro cataclismos míticos de la tradición mesoamericana] se ha hecho intencionalmente por aquellos escritores [como Veytia, por ejemplo], que impulsados del deseo cristiano, en manera alguna autorizado, de ajustar las tradiciones indias con las verdades bíblicas, no titubearon en llevar al último lugar el Atonatiuh para hacerlo coincidir con el diluvio de Noé.⁸⁹

Nótese como el “deseo cristiano, en manera alguna autorizado”, no implica que lo contenido en la Biblia deje de ser verdadero. Lo que en realidad molesta a Orozco es el falseamiento de los datos en favor de la causa religiosa, no tanto por los datos mismos, sino porque las verdades bíblicas “no habían menester esta confirmación”⁹⁰. En otras palabras, las Sagradas Escrituras están mucho más allá de la duda científica, por lo que buscarles una explicación en ese sentido constituye un absurdo, con mayor razón si para esto se recurre a la mentira. Ahora bien, en la época de Orozco la ciencia histórica o la historia “elevada” a categoría de ciencia, debía estar fundamentada en hechos incontrovertiblemente verdaderos⁹¹. Es por eso que cuando Orozco apela a principios religiosos como la monogénesis o la Providencia, a su juicio verdades absolutas, está, de alguna manera, dotando de cientificidad a su trabajo.

⁸⁸ Por ejemplo: “planta verdaderamente social [el agave], fue el don máspreciado que la Providencia pudo hacer a los pueblos primitivos.” *Ibidem.* t. I, p. 270.

⁸⁹ *Ibidem*, t. I, p. 5.

⁹⁰ *Ibidem*, t. I, p. 50.

⁹¹ Para esta afirmación me apoyo en Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, 350 p., pp. 154-155 *passim*. El análisis de O’Gorman en términos heideggerianos de lo que él llama historiografía científica o naturalista es verdaderamente brillante, pese a que, en mi opinión, otorga exagerada importancia al tan famoso como desafortunado aforismo de Ranke.

D) El problema de las fuentes

Tal vez lo dicho en los apartados anteriores ayude un poco a comprender mejor el por qué de la diversidad de opiniones existentes sobre Orozco y Berra. Como ya vimos, en su obra pueden reconocerse elementos de distintos tipos, hasta cierto punto culpables de la confusión. No obstante, dichos elementos no se encuentran mezclados al azar; conforman un sistema, aparentemente contradictorio, cuyas propiedades y características se han tratado de definir aquí. Para completar el cuadro, creo necesario abrir un breve paréntesis que abarque la forma en que Orozco maneja las fuentes y los criterios de verdad a los cuales se sujeta.

En primer lugar hay que decir que en este sentido la obra que aquí se analiza es casi típica. Para Orozco son verdaderos todos los hechos que se encuentren repetidos en varias fuentes, aunque no siempre coincida con la interpretación que se les da. Probablemente esto ayude a explicar cómo es que llegó a su extraña explicación del mito de Quetzalcoatl. Cuando la interpretación tradicional de un hecho le parece satisfactoria, Orozco se limita a transcribirla, pero no sin antes exponer las razones para tal aceptación.

Un problema más interesante se presenta cuando las fuentes difieren no sólo en la interpretación, sino en la presentación del hecho mismo. En estos casos Orozco se guía por la «autoridad» personal del autor de la fuente, aunque nunca aclara cuales son los fundamentos de dicha autoridad. Pese a esto, Orozco no carece de un criterio filológico⁹² definido en el manejo de sus fuentes. Por ejemplo, sobre mitología prehispánica prefiere el testimonio indígena al español: “El testimonio de un autor indígena y la copia de una pintura mexicana, hecha en México poco tiempo después de la conquista, merecen sin duda más confianza que la relación de los historiadores españoles”⁹³. O bien:

Comparando estas diversas autoridades [Torquemada, Acosta, Alva Ixtlilxóchitl, Gama, Prescott], observamos que las personas más cercanas a los tiempos de la conquista o las que aparecen como más entendidas en la cuestión, son las que pronuncian juicios más favorables

⁹² No me refiero a la acepción estrictamente lingüística de este término, sino a los procedimientos que permiten fijar la autenticidad de un dato mediante la crítica y comparación de las fuentes (la repetición, el testimonio directo o indirecto, la credibilidad del autor, etc.)

⁹³ Orozco, t.I, p. 4

acerca de la escritura azteca: es lógico, los jueces más competentes pronuncian fallos más fundados.⁹⁴

Son realmente pocos los casos en que Orozco se abstiene de opinar, y es sólo cuando las fuentes no proporcionan información suficiente. Su principal consideración a este respecto es que no se puede formular ningún juicio mientras no se conozcan todos los aspectos de un mismo problema. Es por eso que Orozco acumula todo aquello que puede encontrar sobre un tema, lo evalúa y analiza, formula su opinión y, después, pasa a otro tema para proceder de idéntica forma. El resultado de esta operación es efectivo en tanto que revela una extraordinaria erudición y, al mismo tiempo, permite que el lector, ahora con conocimiento de causa, formule sus propios juicios⁹⁵. No obstante, actúa en detrimento de la calidad estilística del trabajo, pues dificulta la lectura, provoca la repetición innecesaria de noticias y, en vista de que sigue un riguroso orden temático preestablecido, se eliminan los criterios de necesidad y pertinencia, produciendo bruscos cortes en la continuidad de la obra.

⁹⁴ *Ibidem*, t.I, p. 330

⁹⁵ El padre Garibay ve en la forma en que Orozco expone los datos un defecto, pero ciertamente explicable: “[...] esta forma de exposición tiene defensa: en su medio, en su tiempo, era difícil al lector divagar por libros y bibliotecas. Muchos de los testimonios que se requerían no estaban a la mano, o por no publicados, o por hallarse en lenguas extrañas [...] Había que dar a quien tomaba la obra todo junto”. Garibay, *Op. cit.*, pp.XVII-XVIII

E) Orozco y la argumentación organicista

Según se desprende de la lectura de los dos primeros tomos de la obra de Orozco, uno de sus principales intereses era, precisamente, dotar al mundo prehispánico, con todas sus características particulares, de las cualidades de lo universal. Lo que en Orozco podría entenderse como una operación metonímico-formalista, es decir, como una reducción del fenómeno (la civilización azteca) a una manifestación del todo (la historia universal) –según Villoro este es el método usado por Orozco⁹⁶–, es en realidad una operación sinedótico-organicista, pues más que reducir, integra. ¿Pero qué significa esto?

Siguiendo a Stephen C. Pepper, Hayden White distingue cuatro paradigmas de la forma que puede adoptar una explicación histórica, considerada como argumento discursivo: formista, organicista, mecanicista y contextualista. Cada uno de estos paradigmas ofrece “una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven como presuntas leyes de explicación histórica”⁹⁷. Estas “leyes” pueden presentarse de manera explícita, cuando el autor en cuestión las enuncia abiertamente, o bien, de manera discursiva, como en el caso de Orozco. No creo necesario explicar cada uno de estos paradigmas, sino tan sólo aquel que, en mi opinión, corresponde a la obra de Orozco: el organicismo. Según el mismo White:

El organicista intenta descubrir los particulares discernidos en el campo histórico como componentes de procesos sintéticos [...] el historiador organicista tenderá a ser gobernado por el deseo de ver las entidades individuales como componentes de procesos que se resumen en totalidades que son mayores que, o cualitativamente diferentes de, la suma de sus partes. ⁹⁸

Esto es, la civilización azteca, vista por Orozco, es un microcosmos, una parte constitutiva, y no sólo una manifestación, del macrocosmos de la historia universal, en virtud de que posee una o varias de las cualidades que forman el todo. Ciertamente, es muy fácil confundirse, sobre todo si se toman por separado las comparaciones y analogías que hace Orozco de los pueblos prehispánicos con las civilizaciones de la

⁹⁶ Vid *supra*. pp. 21-24.

⁹⁷ White, *Op. cit.* p. 22

⁹⁸ *Ibidem*. p. 26. White pone como ejemplo de organicistas a la mayoría de los historiadores nacionalistas de mediados del s. XIX y, como un caso excepcional, a Ranke.

antigüedad clásica o con otros pueblos más “desarrollados” (e incluso con la época actual). Pero si en vez de eso consideramos que Orozco, movido por el nacionalismo y por su fe casi mística en el Progreso y en la Providencia, lo que busca es dotar a su país de una historia tan válida como el que más, pues resulta que lo que hace es integrar.

Sin embargo, este deseo integrativo no es lo único que permite identificar a Orozco con el organicismo. Este tipo de argumentación se caracteriza también por orientarse hacia la determinación de un «fin» o «meta» de los procesos históricos y, por otra parte, por evitar la búsqueda de leyes (relaciones causales universales o invariables) que rijan dichos procesos. En este sentido, Orozco coloca como «fin» (no como “final” sino como “finalidad”) de la historia al Progreso. Para él, la historia es absolutamente lineal: Dios creó al hombre, lo expulsó del Paraíso y le impuso la ley de la perfección. Después, el Creador desaparece de la historia, y todo puede ser explicado científicamente y racionalmente. Pero, como ya vimos, esta desaparición de Dios es sólo en cuanto a «presencia» que actúa directamente sobre los procesos históricos y no en su cualidad de «esencia» que permite explicarlos. Nuevamente, la divinidad juega un papel importante en el argumento al ser responsable de la imposición de la “ley de la perfección”, misma que Orozco entiende como Progreso:

De la inteligencia forman parte el instinto y la facultad de la abstracción. La inteligencia no permanece estacionaria: cambia, se pulimenta, se desarrolla, se transforma de mil maneras diferentes. El hombre sabe, aprende e inventa. Las manifestaciones de la perfección física y moral del ser inteligente constituyen su civilización. La perfección es la ley impuesta por el Creador a la humanidad.⁹⁹

Pero no debe pensarse aquí que cuando Orozco habla de “ley” se está refiriendo a algún tipo de relación causal invariable. Efectivamente la causalidad es, hasta cierto punto, inherente a una visión lineal de la historia, pero esta última no necesariamente implica la búsqueda de leyes para explicar su propia linealidad. El Progreso para Orozco más que una ley de causalidad es un «propósito» para el género humano, un designio

⁹⁹ Orozco, t. II, p.253. A este respecto es también interesante el epígrafe colocado en todos los tomos: “Escribo bajo el influjo de lo que he visto, leído o calculado, y siempre buscando la verdad y la justicia. Respeto la religión, y sigo confiado por el camino del progreso que es la ley impuesta a la humanidad. Subordino mis ideas a estos principios: Dios, la patria y la familia.” Las cursivas son mías

divino. Al definir al organicismo, Hayden White expone este tipo de procedimiento de la siguiente forma:

El organicista tiende a hablar de los "principios" o las "ideas" que informan los procesos individuales discernidos en el campo [histórico] y todos los procesos tomados en conjunto. Esos principios o ideas son vistos como imagen o prefiguración del fin al que tiende el proceso en su conjunto. No funcionan como agentes o agencias causales, salvo en los historiadores de orientación decididamente mística o teológica, en cuyo caso por lo general son interpretados como manifestaciones del propósito de Dios para su creación. En realidad, para el organicista, tales principios e ideas funcionan no como restricciones de la capacidad humana para realizar en la historia un objetivo distintivamente humano, como cabe suponer que lo hacen las "leyes" de la historia en el pensamiento mecanicista, sino como garantías de una libertad humana esencial.¹⁰⁰

No creo que sea un desatino afirmar que Orozco y Berra fue un historiador organicista de "orientación decididamente mística o teológica"¹⁰¹. Al contrario, si se recuerda la anterior cita de Orozco (nota 34), se podrá ver cómo, en un sólo párrafo, Orozco combina la idea del Creador que impone una ley con la idea de "una libertad humana esencial", pues es el hombre quien "sabe, aprende e inventa".

Precisamente es la libertad humana la que garantiza que el camino hacia la perfección sea indefinido: nunca se alcanzará la civilización perfecta, pues la humanidad es una y los adelantos de una civilización específica no son representativos, por magníficos que nos parezcan, son tan sólo una parte del todo y siempre podrán ser superados. Pero si el camino es indefinido, no es infinito, pues en el fondo Orozco cree en la idea del Juicio Final¹⁰². Si la historia se detienen en algún momento, no será por haber alcanzado sus propias metas, sino por la voluntad divina. Es así como Orozco se distingue de idealistas y positivistas:

¹⁰⁰ White, *Op.cit.*, pp. 26-27

¹⁰¹ La profunda religiosidad de Orozco, aunque no puede ser tomada como una herencia del pensamiento de Herder, desde luego facilitó las aproximaciones. Según Ortega y Medina: "La concepción dinámica y particularista del hombre, la naturaleza transitoria de éste, su esencia e inmersión en lo religioso, recaída teológica en que incurre Herder, presuponen una divinidad, un dios cuya voluntad rige al mundo moral o humano a la par que ordena el universo natural. Se trata de un organismo cósmico, todo el penetrado o compenetrado de un soplo sobrenatural". Juan Antonio Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980, p. 15.

¹⁰² Orozco nunca reconoce esto abiertamente, pero lo deja sutilmente insinuado al final de la obra. *Vid. infra*, cap. III, p. 80, nota 154

[...]En los tiempos de la conquista no todos los pueblos habían llegado al mismo grado de cultura. Hoy mismo, cuando casi toda la faz de América está transformada, en ciertas comarcas, se escuchan los alaridos de los bárbaros, atacando al blanco con el mismo encarnizamiento que al mastodonte al mammoth de los tiempos post-terciarios. El Viejo Mundo presenta el mismo fenómeno; mientras admira la cultura alcanzada por los pueblos europeos y algunos asiáticos, entristece contemplar el estado salvaje de las tribus de la Africa central, produciendo el mismo desaliento la Oceanía. *Parece que, en materia de adelantos, el género humano está condenado al suplicio de Sísifo: llevar un peñasco por la empinada ladera de una montaña, sin alcanzar jamás la cumbre.*¹⁰³

Probablemente, tras la lectura de este capítulo, el lector llegue a pensar que la obra de Orozco se encuentra plagada de contradicciones, lo cual es sólo parcialmente cierto. Efectivamente puede sonar contradictorio un discurso en el que se mezclan explicaciones científicas con religiosas, el deseo de exaltar los logros particulares de los pueblos prehispánicos al mismo tiempo que se busca integrarlos a la historia universal, el repudio y la admiración. Sin embargo, lo que aquí se pretendió subrayar no fueron las contradicciones en sí mismas, sino el camino que Orozco empleó para darles una salida, es decir, la forma y los elementos que componen su visión de la historia.

Por otra parte, decir que Orozco fue organicista no significa que se haya completado ninguna explicación. Para que este concepto sea funcional es necesario relacionarlo con, por lo menos, otros dos elementos: la explicación por la trama y la explicación por implicación ideológica. Definir estos conceptos y sus modos de articulación es tema del siguiente capítulo, que se ocupa de los dos siguientes tomos (III y IV) de la obra de Orozco, dedicados a historia antigua y a conquista respectivamente.

A manera de conclusión de este capítulo, diré que Orozco, en los dos primeros tomos aquí analizados, realizó el montaje del «escenario» sobre el cual se representó la historia. Hasta el momento, no se vislumbra ninguna estructura narrativa salvo la temática. En los dos siguientes tomos Orozco comienza a relatar, la estructura predominante será la cronológica y aparecerán por primera vez los elementos que conforman la trama.

¹⁰³ Orozco, t II, p. 266-267. Las cursivas son mías

Capítulo III

La historia narrada por Orozco y Berra

A) Explicación por la trama.

Como ya habrá notado el lector, el presente análisis de la obra de Orozco y Berra se apoya principalmente en las teorías de Hayden White. Sin embargo, no comparto todo lo dicho por White, de tal manera que algunos de los elementos de su teoría no fueron incluidos en mi trabajo. La justificación para este proceder me fue proporcionada por la obra del filósofo Paul Ricœur, titulada *Tiempo y narración*¹⁰⁴. En virtud de lo anterior, creo pertinente realizar aquí una sumaria relación de los conceptos teóricos whiteanos, así como de algunas de las restricciones propuestas por Ricœur (que generalmente aparecerán a pie de página) con el fin de mostrar como serán usados estos elementos dentro de mi propio trabajo.

Según White, una obra histórica es, de manera más visible, "una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa"¹⁰⁵. Esta consideración inicial permite un acercamiento a este género de obras completamente distinto al de la hermenéutica tradicional. Distinto, pero no menos válido o revelador.

En un principio, la propuesta de White implica la existencia de distintos tipos de elementos dentro de una obra histórica: narrativos, argumentativos e ideológicos. Todos ellos se encuentran presentes, aunque el historiador en cuestión dé prioridad a alguno sobre los otros. Estos elementos reciben el nombre de "estrategias de explicación". Cada uno constituye una explicación *per se* del contenido de la obra y del significado de los datos (los hechos históricos) que la conforman, aunque no operen dentro de un mismo plano. Ahora bien, cada "estrategia" se divide a su vez en "modos posibles de articulación", que son, por decirlo así, las «formas» o «tipos» en que se puede presentar determinada explicación. Así, por ejemplo, una explicación por argumentación formal puede ser formalista, mecanicista, contextualista o, como vimos que es el caso de Orozco

¹⁰⁴ Paul Ricœur, *Tiempo y narración I*, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995, 371 p.

¹⁰⁵ White, *Op. cit.*, p. 9

y Berra, organicista. Los “modos posibles de articulación” de cada “estrategia” presentan lo que White llama, parafraseando a Goethe, “afinidades electivas” con los modos de las otras estrategias. De esta forma, una explicación mecanicista tiende o suele presentarse tramada en el modo trágico. Es importante señalar que estas afinidades ni son arbitrarias ni se presentan de manera causal o invariable, de lo que resulta la existencia de un amplio espectro de posibles combinaciones¹⁰⁶. Finalmente, una combinación específica de modos forma lo que White llama “estilo historiográfico”. Para Paul Ricœur, este concepto es la principal aportación de White en el campo de la epistemología del conocimiento histórico.

La “estrategia” que en este capítulo me interesa definir y localizar dentro de la obra de Orozco es la de la explicación por la trama. Veamos en qué consiste. Siguiendo a White, cuando se escribe historia, por lo menos en teoría, el historiador no tiene permitido «inventar» los hechos que componen su relato, sino que tiene que encontrarlos dentro de lo que él llama *unprocessed historical record*, a diferencia de los artistas cuando escriben literatura. Desde siempre esta ha sido la diferencia fundamental entre ambos tipos de narraciones. Sin embargo, los hechos históricos no se presentan al historiador en la forma discernible de un relato¹⁰⁷ (esto es, como una narración esencialmente secuencial, con comienzo, medio y fin), sino que simplemente se presentan y el historiador es el encargado de darles forma al momento de narrarlos. Así, la acción misma de narrar equivale a dotar de significado a los acontecimientos, puesto que es sólo a través de una presentación narrativa que nos es posible decir que los hechos

¹⁰⁶ Para una explicación más completa y detallada véase la Introducción del propio White, *Ibidem*, pp. 13-50. Ricœur dice al respecto: “Pero se equivocaría enormemente quien viese en el estilo histórico una combinación necesaria entre modos de explicación. El estilo es, más bien, un juego flexible de afinidades [...]” Ricœur, *Op. cit.*, p. 279

¹⁰⁷ A juicio de Ricœur, la distinción que hace White entre relato (*story*) y trama (*plot*) es difícil de mantener “en cuanto que la *story* es ya un modo de organización, por lo que se distingue de una simple crónica de acontecimientos y se organiza según “motivos” o “temas” [y no sólo en un orden secuencial] que unifican y delimitan en ella subconjuntos”. *Ibidem*, p. 273. El acto configurante que, según White, permite al historiador la organización secuencial de los hechos, reducido al campo del relato, es para Ricœur mucho más amplio pues abarca tanto el relato como la trama y el argumento. Sin embargo, la distinción entre relato y trama encuentra su justificación al permitirle hablar a White de la trama como una articulación del campo histórico posterior a la del relato, con lo cual los relatos pueden distinguirse entre sí en virtud del «tipo» específico de trama que presentan. Más adelante veremos que para Ricœur esto representa una restricción del concepto aristotélico de la trama.

o fenómenos históricos “comienzan” o “concluyen” en determinado momento y de determinada forma. Visto así, la relación de la narrativa con la historia deja de ser una cuestión limitada a la redacción o a los recursos estilísticos empleados por el historiador:

En la medida –dice White– en que los relatos históricos pueden completarse, que pueden recibir un cierre narrativo, o que puede suponerseles una trama, le dan a la realidad el aroma de lo ideal. Esta es la razón por la que la trama de una narrativa histórica es siempre confusa y tiene que presentarse como algo que “se encuentra” en los acontecimientos en vez de plasmado en ellos mediante técnicas narrativas¹⁰⁸.

El elemento que nos permite distinguir la forma específica de una narración es la trama. A grandes rasgos:

Se llama explicación por la trama a la que da el “significado” de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que se ha narrado. Si en el curso de la narración de su relato el historiador la da la estructura de trama de una tragedia, lo ha “explicado” de una manera; si lo ha estructurado como una comedia, lo ha “explicado” de otra. El tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular.¹⁰⁹

Ahora bien, mientras que para Hayden White la construcción de la trama es vista sobre todo en función de sus cualidades de categorización (lo que explica la traslación del aspecto puramente lineal a la noción de relato), para Paul Ricœur la construcción de la trama se da “por medio de toda la gama de intercambios entre paradigmas e historias singulares”¹¹⁰ y, por lo tanto, “es en virtud de la trama que fines, causas y azares se reúnen en la unidad temporal de una acción total y completa”¹¹¹. Como vemos el concepto de White es más reducido que el de Ricœur, pero en mi opinión no son excluyentes, sino que más bien el segundo es capaz de contener al primero sin modificarlo esencialmente.

De esta forma, para Ricœur “comprender la trama es ya hacer surgir lo inteligible de lo accidental, lo universal de lo singular, lo necesario o lo verosímil de lo

¹⁰⁸ Hayden White, *El contenido de la forma*. tr. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós Básica, 1992, p. 35

¹⁰⁹ White, *Metahistoria*, p. 18

¹¹⁰ Ricœur, *Op. cit.*, p. 277

¹¹¹ *Ibidem* p. 31

episódico”¹¹². Con lo cual el concepto de trama se aproxima más al concepto de “metáfora viva” en virtud de ser, al igual que la metáfora, una “síntesis de lo heterogéneo” capaz de producir una innovación semántica. No obstante, el hecho de que la trama sea mucho más que una herramienta de categorización, no implica que deje de cumplir esta función. El problema tal vez sea más de tipo terminológico que epistemológico, pues se deriva del uso de la palabra *trama* para designar tanto el todo como una de sus partes. Es por esto que, en el presente trabajo, si se conserva el término en el mismo sentido que lo usa White, que ciertamente constituye una reducción, es sólo a falta de otro mejor y, también, porque es precisamente esa función de la trama, la identificación del relato según su tipo, lo que permitirá mi acercamiento a la obra de Orozco.

Por otra parte, los modos posibles de articulación de la trama no son infinitos y, por lo menos en la cultura occidental, corresponden a los arquetipos de novela (romance), tragedia, comedia y sátira¹¹³. Como resulta obvio, estos cuatro modos no son únicos. En los relatos ficcionales, la trama suele presentar formas mucho más complejas, generalmente producto de la combinación de dos o más de estos arquetipos, dando como resultado una multitud de matices (tragicomedia, sátira cómica, melodrama, romance trágico, etc. etc.). No obstante, de acuerdo con White hasta los más grandes historiadores

¹¹² *Ibidem* p.96.

¹¹³ Hayden White extrae la tipología de la construcción de la trama del libro de Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*. tr. Edison Simons, Caracas, Monte Avila, 2º ed. 1991, 497 p. De hecho, también el análisis topológico, tan importante en la obra de White, se debe en buena medida a las teorías de Frye: “Anticipando nuestra interpretación de la historia, podemos considerar nuestros modos romántico, mimético elevado [tragedia] y mimético bajo [comedia] como una serie de mitos, *mithoi* o fórmulas de trama *desplazados* que avanzan poco a poco hacia el polo opuesto de verosimilitud y luego, por ironía, comienza el movimiento de vuelta” (p. 77). Es precisamente este movimiento semicircular el mismo que, según White, experimentan los cuatro tropos del lenguaje poético (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía) que él utiliza para designar las fases del desarrollo de la conciencia histórica europea durante el siglo XIX, y que se pueden relacionar con los modos de explicación por la trama y por argumentación (p. ej. sinécdoque-organicismo-comedia, etc.) Esta parte del análisis de White queda fuera de mi propio estudio por dos razones: en primer lugar, porque concuerdo con Paul Ricœur cuando afirma que “la teoría de los tropos añade una dimensión suplementaria al estilo histórico. Pero no añade nada a la explicación propiamente dicha.” *Op cit.* p 280. En segundo lugar, porque White utiliza la teoría de los tropos para hablar *en general* de los procesos de transformación de la conciencia histórica. Al estar mi trabajo dedicado a un sólo historiador y a una de sus obras, la dimensión topológica sale sobrando, pues carece de cualquier punto de comparación. Sin embargo, para no pecar de omisión, puede decirse que el tropo que corresponde a la obra de Orozco y Berra, tanto por afinidad como por estructura, es la sinécdoque.

y filósofos de la historia europeos del siglo pasado fueron, como narradores, bastante convencionales, por lo que el tramao de sus historias suele estructurarse bajo una forma simple o bajo combinaciones poco complejas. Manuel Orozco y Berra no es la excepción. Veamos, pues, de qué forma narró su historia.

• • • •

En el capítulo anterior quedó señalado que la explicación por argumentación formal que Orozco y Berra dio a su historia fue, esencialmente, organicista. Esta argumentación se presentó de manera más o menos explícita a lo largo de los dos primeros tomos de la obra, pero prácticamente se desvanece en los dos restantes. Este hecho nos indica no sólo un evidente cambio en la estructura de la obra, sino también el paso de una explicación argumentativa a una narrativa¹¹⁴. El modo de articulación que por afinidad corresponde al organicismo dentro de la explicación por la trama es la comedia. En mi opinión, en el caso de Orozco, la afinidad se cumple plenamente, pues este autor estructuró la parte narrativa de su obra como una comedia primero, que después se transforma en tragicomedia. Pero hay que avanzar poco a poco.

Antes de que dé principio la sección propiamente narrativa de la obra de Orozco y Berra, encontramos cuatro capítulos dedicados, dos y dos, a los mayas y a los tarascos, respectivamente. Estos capítulos conforman el Libro I de la tercera parte, titulada simplemente "Historia Antigua", localizada al final del tomo II. Digo que son el preludio de la parte narrativa porque constituyen microhistorias de las regiones de Yucatán y Michoacán, claramente separadas de la historia de los pueblos del Valle de Anáhuac y de las zonas colindantes, representada por Orozco como un proceso

¹¹⁴ Una de las críticas más importantes que hace Paul Ricœur en contra de la llamada escuela "narrativista" (encabezada por H. White, Louis O. Mink, Paul Veyne, entre otros) es precisamente su incapacidad para explicar y analizar satisfactoriamente a las obras históricas no narrativas o estructurales. Mi experiencia personal me lleva a convalidar dicha crítica, pues mientras Orozco y Berra no escribió en términos propiamente narrativos, es decir, a lo largo de los dos primeros tomos, fue imposible identificar, por ejemplo, la trama. Probablemente se trate de un error achacable únicamente a mi persona, sin embargo creo haber logrado identificar correctamente los elementos argumentativos. Esto me lleva a pensar que la teoría narrativista puede aplicarse preferentemente a obras narrativas, lo que no impide que algunas de sus partes sigan siendo útiles para el análisis de obras estructurales.

relativamente homogéneo que culmina con la conquista. Con ellos se cierra definitivamente la parte preparatoria, encaminada a la formulación de un panorama general de todos, o casi todos, los pueblos prehispánicos, pero es necesario distinguirlos del resto de la obra por tratarse de unidades en sí mismos. Para aclarar este punto basta un ejemplo: en el tomo primero, Orozco habló de las costumbres, cultura y religión de los pueblos de filiación nahua, particularmente de los aztecas, pero la narración de los hechos políticos, de las conquistas y migraciones, de la sucesión de los gobernantes, y de todo aquello que Orozco entiende como propiamente histórico, en virtud de que fue registrado cronológicamente por la escritura, no se presenta sino hasta el tomo tercero. De esta forma «historia de la cultura» e «historia política» aparecen como dos campos enteramente diversos, de los cuales sólo el segundo es susceptible de ser narrado. En este sentido es muy revelador el hecho de que el capítulo dedicado a las épocas más remotas de la familia nahua, cuando no existía la escritura, lleve el título de “Tiempos oscuros. Pueblos sin historia”¹¹⁵.

Ahora bien, a lo largo de los cuatro capítulos preparatorios mencionados más arriba, Orozco acumuló absolutamente todo aquello que pudo consultar sobre mayas y tarascos (cultura, costumbres, historia, etc.). Lo poco que se sabía en tiempos de Orozco sobre estas culturas, le impidió superar el nivel de la mera crónica¹¹⁶, pese a que su exhaustiva labor le permitió recoger un gran número de detalles. La historia se presenta, pues, como una sucesión de dinastías y de guerras aparentemente inexplicable, sobre todo en el caso de la cultura maya. Sin embargo, es el propio Orozco quien reconoce este defecto:

Esta narración descarnada sólo deja entrever empeñadas guerras, desastrosos conflictos, sin atinarse a entender cuáles eran los elementos sociales que entre sí se combatían. Los monumentos dicen estar para entonces [c. 527 d. C.] muy adelantada la civilización; ya se levantaban las grandes ciudades, aparecían los lindos monumentos, primor de arquitectura, lo cual dimanaba del concurso de las artes y las ciencias.¹¹⁷

¹¹⁵ Orozco, *Op. cit.*, t. III, p. 9

¹¹⁶ Es pertinente aclarar que la crónica, por sí misma, es ya una forma organización y selección de los acontecimientos históricos, que incluso llega a dotarlos de un significado no explícito, pero que no alcanza a formular una explicación plenamente narrativa. *Vid.* White, *El contenido de la forma*, pp 22-27.

¹¹⁷ Orozco, *Op. cit.*, t II, p. 429.

Pese a que Orozco en esta parte no puede formular una trama, pues hasta los personajes se le presentan demasiado desdibujados, sigue manteniendo la idea del progreso de la civilización, acompañada de la existencia de "cierto elemento asiático". Ambos factores son cuantificables gracias a los restos arqueológicos, pero mientras que el progreso en el camino de la civilización será una constante a lo largo de toda la obra, y de hecho influirá en la construcción de la trama de las partes narrativas, el "elemento asiático" (que para este momento debe entenderse como una reminiscencia de la teoría difusionista) se desvanecerá por completo bajo el peso de la narración. Cuando a una crónica no se le puede dar la forma de un relato, prevalecerá forzosamente una explicación argumentativa. Más o menos lo mismo ocurre cuando Orozco trata a los tarascos.

Para cerrar la parte dedicada a los mayas, que tan sólo ocupa cuarenta y tres de las más de dos mil páginas del total de la obra, Orozco afirma lacónicamente: "Esto conocemos de los mayas, pueblo antiquísimo, de civilización singular y muy adelantada en su origen, que cumplió una misteriosa evolución para venir en seguida a retroceder al contacto de las costumbres nahoas"¹¹⁸. Más adelante veremos la importancia de esta idea de adelanto y retroceso dentro de la construcción que hace Orozco de la trama.

En los capítulos II y III del tercer tomo, dedicados a los toltecas, aparece por primera vez una narración, en el sentido de que se supera la crónica y la mera organización secuencial del relato. Sin embargo, no se trata de la narración que se desarrolla como un conjunto total de acontecimientos y que ve su final cuando termina la obra. Es, todavía, un paso intermedio, pues los acontecimientos narrados no tienen una relación necesaria con las partes subsecuentes. Con el apoyo de las fuentes, Orozco va contando la historia de los toltecas, siguiendo un riguroso orden cronológico. Pero, a diferencia de los capítulos anteriores, es posible encontrar personajes aislados y un principio de explicación por la trama.

Los pormenores de la cruenta guerra que devastó al imperio tolteca, adquieren

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 454

bajo la pluma de Orozco todo el sabor de una epopeya homérica: valerosos y esforzados guerreros combaten por el honor de la patria, puesto en entredicho por el rapto (más o menos voluntario) de la bella Xochitl-Helena. Así, por medio de la narración, Orozco transformó, para sus lectores y para él mismo, lo no-familiar en familiar. Lo que nos es ajeno, el relato casi mítico de una guerra de otra cultura, adquiere la forma conocida de un mito de nuestra cultura:

Acercábase el triunfante enemigo, y Topilitzin, para salvar la prosapia real, hizo salir de la ciudad a sus criados más fieles, encargados de ocultar en las montañas de Toloacan a sus dos hijos Pochotl y Xilotzin. Cumplido el piadoso deber fue preciso menear las manos, porque el contrario estaba delante de los muros de Tultitlan. Acudió a la defensa toda la nobleza, el anciano Tecpancaltzin tomó las armas, siguiendo su ejemplo la hermosa Xochitl, causa tal vez de aquella guerra: defendiéronse los sitiados por cincuenta días, hasta que no pudieron más, los destrozados restos huyeron en tropel a Tollan [...] ¹¹⁹

Inmediatamente después de los toltecas, comienza la narración que será continua, aunque plagada de digresiones, hasta el final de la obra. Se trata ahora de los principales protagonistas de la obra de Orozco, los mexica. La historia arranca a partir de sus emigraciones y continúa contando sus triunfos y derrotas, las hazañas de sus reyes, sus diversos asentamientos, el estado de los pueblos que los rodeaban, etcétera. Es gracias a los materiales, principalmente los códices, que esta historia es narrable, contrastando con las partes anteriores, calificadas de oscuras o ahistóricas. Ciertamente notables son las primeras palabras del capítulo: "Aparece la luz. Vamos a entrar en el período verdaderamente histórico; pinturas, relaciones, historias de propios y extraños abundan en diversas lenguas, quedando la dificultad no tanto en reunir los materiales, cuanto en entenderlos y coordinarlos [...]"¹²⁰.

Antes de continuar es necesario distinguir la existencia de dos secciones separadas dentro de la narración. La primera contiene los hechos desde las primeras emigraciones, hasta la llegada de los españoles, en el reinado de Moctezuma II. Con el

¹¹⁹ *Ibidem*, t. III, p. 54

¹²⁰ *Ibidem*, p. 57.

objeto de dar una visión de conjunto¹²¹, Orozco y Berra introduce en esta parte largas digresiones para hablar de los otros pueblos (como los chichimecas) que a la larga conformaron la peculiar organización social y política del imperio mexica. La segunda sección trata de la conquista. Están separadas no porque pueda encontrarse una ruptura entre ambas –hay que recordar que se trata de una misma narración–, sino porque la trama de cada una contiene una explicación distinta. Mejor dicho, la misma trama se modifica gradualmente para dar explicaciones parciales de las distintas partes de un proceso único.

Más arriba dije que Orozco tramó la parte narrativa de su obra como una comedia. ¿Pero qué caracteriza a una trama cómica? ¿Orozco en realidad narró una comedia? De acuerdo con Hayden White, una trama cómica se presenta por lo general de la siguiente forma:

Comedia y tragedia [a diferencia de la sátira] sugieren la posibilidad de una liberación al menos parcial de la condición de caída y un escape siquiera provisional del estado dividido en que los hombres se encuentran en este mundo. Pero esas victorias provisionales son entendidas de distinta manera en los arquetipos míticos de los que las tramas de la comedia y la tragedia son formas sublimadas. En la comedia se mantiene la esperanza de un triunfo provisional del hombre sobre el mundo por medio de la perspectiva de ocasionales *reconciliaciones de las fuerzas en juego en los mundos social y natural*. Tales reconciliaciones están simbolizadas en las ocasiones festivas que el escritor cómico tradicionalmente utiliza para terminar sus dramáticos relatos de cambio y transformación [...] Las reconciliaciones que ocurren al final de la comedia son reconciliaciones de hombres con hombres, de hombres con su mundo y su sociedad; la condición de la sociedad es representada como más pura, más sana y más saludable como resultado del conflicto entre los elementos al parecer inalterablemente opuestos del mundo; se revela que esos elementos son, a la larga, armonizables entre sí, unificados, acordes consigo mismos y con los otros [...]¹²²

Orozco y Berra cumplió, si así puede decirse, con la mayor parte de las características arriba mencionadas, pero con un matiz propio. En un principio, las

¹²¹ Ciertamente, Orozco pretende contar la historia de todos los pueblos del Valle de Anáhuac y regiones colindantes, pero resulta obvio que dedica la mayor parte de su atención a los mexica y texcocanos (chichimeca), por ser estos pueblos los principales protagonistas de las partes siguientes. Cuando habla de ellos, es posible encontrar una trama y la caracterización individual de los personajes. Con el resto de los pueblos, protagonistas marginales o circunstanciales, se limita a realizar una crónica de genealogías, alianzas y guerras.

¹²² White, *Metahistoria*, p. 20

fuerzas contrarias que se enfrentan en su obra, para reconciliarse y después luchar de nuevo, no pueden ser más claras. Se trata del Bien, representado por la civilización, en perpetua pero triunfal batalla contra el Mal, o la barbarie. La marcha civilizatoria no se detiene, pues constituye un designio divino, y a su paso barre con todos los obstáculos, aunque, como todo designio divino digno de tal nombre, recorra caminos misteriosos. En pocas palabras, este es el significado de la trama, por lo menos en su primera etapa, de la obra de Orozco. Los elementos de barbarie, pese a la violencia, son absorbidos o integrados por lo civilizado. La dicotomía se observa nítidamente conforme Orozco cuenta cómo los bárbaros chichimecas se civilizan gracias al contacto con los derrotados, pero adelantados, toltecas. En este sentido, la guerra deja de ser una forma (generalmente abusiva) en que los hombres resuelven sus desavenencias, para convertirse en una alegoría de la lucha de los opuestos. Los ejemplos son casi innumerables, a continuación se citan los más sobresalientes y explícitos:

[...] la certeza de ser el nuevo rey [se refiere a Quinatzin, cuarto señor chichimeca de Texcoco, que asumió el poder en 1298c.] partidario de los usos nahoa, alborotó a los bárbaros apegados todavía a la vida nómada; de aquí que la mayor parte de los señores se pusieran en rebelión, buscando su natural independencia. *Se empeñaba la lucha entre los elementos salvaje y civilizador.*¹²³

Unas páginas más adelante, Orozco escribe: "Estas batallas decidieron de la suerte [sic] de Texcoco; las provincias reveladas sufrieron tremendo castigo, quedando después sujetas a Quinatzin. El elemento civilizador se sobreponía definitivamente al bárbaro, al salir vencedor de aquella terrible prueba".¹²⁴ Por los ejemplos no debe pensarse que estas afirmaciones se limitan a las guerras de los chichimecas:

Al siguiente Il calli 1325 Iztamanzin, gran sacerdote de Cholollan, vino a Culhuacan a pedir socorro a su rey contra algunos pueblos comarcanos de la ciudad santa; dióselo numeroso el culhua, *pues aquella guerra asumía el mismo carácter de las de su tiempo*, la reacción de los bárbaros contra la civilización.¹²⁵

¹²³ Orozco, *Op. cit.*, t.III, p. 105. Las cursivas son más.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 109

¹²⁵ *Ibidem*, p. 113. Las cursivas son más. Otros ejemplos se pueden ser leídos en las páginas 108, 114, 115 y 116, del mismo tomo.

Tampoco sería correcto creer que la forma de la trama que aquí se presenta es extraída exclusivamente de frases como las anteriores, que tienen que ver más con la parte argumentativa de la explicación. No, los acontecimientos, aunque Orozco no lo diga abiertamente, están tramados para representar el conflicto entre civilización y barbarie. Las guerras nunca son provocadas por el elemento civilizado, sino que son el resultado de una artera agresión de los salvajes: la Civilización sólo ataca en defensa propia, y es la justicia de su causa garantía de la victoria. A lo largo de toda la obra será muy patente el deseo de Orozco de «moralizar» sobre los acontecimientos relatados, pues por lo general el mal y la barbarie (incluso de parte de los españoles) siempre son castigados¹²⁶. Y, por supuesto, no pueden faltar las ocasiones festivas después del triunfo, tras terrible enfrentamiento:

La guerra duró un año, con varia fortuna de los contendientes, siendo verdad haber muerto millares de guerreros, sufriendo las poblaciones todo linaje de males en saqueos e incendios. Tras obstinada resistencia del enemigo salieron victoriosas las tropas de Quinatzin, las cuales cargadas de despojos vinieron a Texcoco a recibir el premio de su valor, en medio de fiestas y regocijos. Las provincias rebeldes quedaron quebrantadas y más sujetas al yugo que pretendieron sacudir: el principio de unidad representado por el poder real salió triunfante en su primera prueba. Esta guerra [...] denominada la gran guerra chichimeca, dio por resultado algunos años de paz.¹²⁷

Mas, como vemos, esta es tan sólo una reconciliación parcial. Sin embargo, conforme avanza la historia, la civilización va ganando terreno¹²⁸. Así es como el progreso se manifiesta en la obra de Orozco. Posteriormente, cuando la civilización ha triunfado sobre la mayoría de sus oponentes, la guerra deja de ser alegórica y se transforma en la lucha terrenal por los intereses y el predominio entre los diversos

¹²⁶ Por ejemplo, la avaricia de Diego Velázquez recibe la desobediencia de Cortés y con esto la pérdida de todos sus posibles beneficios (t. IV, p. 126). Los "excesos" de los españoles durante su primera estancia en Tenochtitlan fueron castigados con la pérdida de la inicial condición de divinidades; y la matanza del templo mayor con la "noche triste" (Vid. *infra*, nota 151), etc.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 116.

¹²⁸ El triunfo de la civilización es, para Orozco, un designio divino y, por lo tanto, universal. Manifestándose principalmente en las costumbres, la lengua y la forma de gobierno: "Los chichimeca habían perdido su nombre nacional, sus costumbres se trocaron por las de los pueblos cultos; ahora quedaba proscrita el habla primitiva, cambiándola por la de los pueblos sojuzgados. La barbarie estaba vencida al efectuarse aquellas transformaciones: idéntico fenómeno tuvo lugar donde quiera que los bárbaros se pusieron en contacto con pueblos más adelantados". *Ibidem*, p. 156. O bien: "Así se constituía la monarquía mexicana, dando la tribu un paso avanzado en el camino de la civilización". p. 153.

elementos civilizados, presentación que conservará hasta la llegada de lo que para Orozco fue el gran enfrentamiento: la conquista.

De igual modo, el relato de las vicisitudes sufridas por los mexica a lo largo de su peregrinación, lleva al lector a contemplar el ascenso de un grupo de nómadas salvajes hasta convertirse en el imperio más grande y poderoso jamás visto en estas tierras. Más salvajes que civilizados, idólatras y asesinos (pues de todo esto los califica Orozco) los mexica llegan a despertar nuestra simpatía por su estoicismo y tenacidad. Aquí, la lucha la sostienen contra ellos mismos y, poco a poco, van adelantando en el camino de la civilización. No obstante, conservaron y de hecho refinaron algunas de sus sangrientas prácticas religiosas, que se fueron expandiendo hasta hacerse comunes a la mayoría de los pueblos del Valle, y construyeron un sistema de gobierno equiparable al despotismo oriental. Este anormal y aberrante triunfo de la barbarie, retroceso de la civilización, constituye la justificación de su derrota.

Una vez que los mexica han fundado su imperio y establecido la triple alianza, la narración de las transformaciones da lugar a la narración de la continuidad. Los acontecimientos parecen repetirse, las guerras de conquista, casi siempre iguales, son producto de un mismo deseo (el tributo) y responden a los mismos pretextos (agresión contra los mercaderes, suspensión del pago de tributos). Victorias y derrotas, sucesiones, alianzas y ceremonias son narrados con idénticas palabras. Las únicas diferencias son puestas por los numerosos pormenores y el carácter personal de los reyes. Es en este punto donde la trama comienza a cambiar, apareciendo los primeros indicios de fatalidad. Pero para poder explicar semejante tránsito, hay que ver primero el papel que desempeñan los diferentes personajes.

B) Los héroes de la comedia¹²⁹

En un principio, los héroes de la narración de Orozco no son entidades individuales, sino más bien colectivos abstractos. Se trata de tribus, pueblos y hasta naciones, divididos únicamente por su "estado de adelanto", lo que permite organizarlos por medio de etiquetas: salvajes, bárbaros, semicivilizados, cultos, civilizados, etc. En consecuencia, el margen de acción de estos personajes es relativamente escaso, de acuerdo con su etiqueta lucharán a favor del bando que les corresponde. Y, como vimos, sólo existen dos opciones: bárbaros vs. civilizados. Si en algún momento aparece el nombre de un gobernante o caudillo, es sólo eso: un nombre.

Los individuos, como actores del relato, llegan poco después, cuando Orozco acumula mayor información. Sin embargo, siguen inscritos dentro de la misma trama del bien contra el mal. Se efectúa una gradual operación de traslado de características colectivas a individuos, por lo tanto, más que actores, los individuos que sobresalen son «representantes» de las fuerzas en conflicto. Este proceso es doblemente interesante si tomamos en cuenta que, para esta parte de la narración, Orozco se basa fundamentalmente en su propia lectura de los códices, que pueden decir muchas cosas, pero son mudos con respecto a la personalidad y carácter de los individuos. En consecuencia, las atribuciones de cada personaje no constituyen hechos históricos provenientes de una fuente verificable, sino que son resultado de la configuración previa que Orozco dio al campo histórico.

Ejemplos de lo anterior nos los proporcionan varios personajes. El primero, todavía preparatorio, es también el primero en orden cronológico: Acatl, principal caudillo mexica a lo largo de la peregrinación. Él es la encarnación de la barbarie que campea sobre la tribu. Al encontrar la primera representación del sacrificio humano,

¹²⁹ Utilizo el término "héroe" en el sentido que le da Northrop Frye: "En las ficciones literarias la trama consiste en que alguien hace algo. Ese alguien, si se trata de un individuo, es el héroe y ese algo que hace o deja de hacer es lo que puede hacer o podría haber hecho, a nivel de los postulados que acerca de él formulan el autor y la consiguiente expectativa del público". *Op. cit.* p 53. Frye se apoya en la capacidad de acción del héroe para elaborar una completa clasificación de los diversos tipos de ficciones literarias. Por mi parte, prescindiendo de esta función clasificatoria y amplio el término para cubrir tanto a individuos como a colectividades.

Orozco y Berra pregunta:

¿Aquel legislador y pontífice Aacatl fue el inventor de estas horribles ejecuciones, o son la manifestación de una práctica antigua? Nos inclinamos a creer que aquella fue la vez primera en que se consumó el crimen, y cargamos sobre el feroz caudillo la responsabilidad de la abominable institución.¹³⁰

Algunas páginas después, Orozco cuenta la historia de una fracción de la tribu que se negó a continuar la marcha, lo que les acarreó un tremendo castigo. La severidad de las penas impuestas a los sediciosos despierta la sospecha de Orozco:

A tremenda falta, tremendo castigo. En el cuidado de mantener al pueblo en la obediencia; de segregarle cuanto pudiera constituir un elemento contrario; de las penas aplicadas para llevar rígidamente adelante el pensamiento concebido, se distingue todavía la fuerte voluntad, *el ingenio sangriento y lúgubre del sacerdote legislador*: sin duda aún vivía Aacatl.¹³¹

Vemos pues a un personaje bastante negativo, único responsable del sacrificio humano y poseedor de un ingenio "sangriento y lúgubre", pero todavía no aparece completamente definido. De hecho se trata de un cuasi personaje, que marca el inicio de la transformación de los personajes colectivos en individuales. Es decir, Aacatl ya es un individuo y representa el principio maligno o salvaje, pero carece de un antagonista individual que represente la fuerza opuesta y, además, es muy poco lo que Orozco dice sobre él: la tribu en su conjunto sigue guiando las acciones que forman el relato.

Por la parte chichimeca de la narración aparece Xolotl, que marca no sólo el paso definitivo hacia los individuos como personajes, sino el tránsito hacia la civilización:

[En 1232] murió Xolotl en Tenayocan. Aunque primer rey bárbaro, aparece amigo de la paz, de nobles sentimientos, inclinado a mejorar la condición de sus súbditos; estando al frente de tribus broncas y cazadoras, tuvo el buen instinto de respetar los restos de los pueblos civilizados, unirse a ellos y dejarlos prosperar en las delicias de la paz: si por apegado a sus costumbres no entró directamente en el movimiento civilizador, unió sus hijos y nietos a los habitantes de la tierra, mirando sin pena su gradual transformación. LLoráronle sus vasallos

¹³⁰ Orozco, *Op. cit.* t. III, p. 66

¹³¹ *Ibidem*, p. 71 Las cursivas son mías.

como a bueno [...] Contando su reinado del año 1120 en que llegó a Xoloc fueron 112 años, uniendo la edad que antes contaba, no pueden ser menos de 180 a 200 años. Atendiendo a que estos mismos grandes periodos se señalan a los reyes chichimeca de Amaqueme, saldremos a la conclusión ya establecida: aquellos pueblos estaban acostumbrados a contar por dinastías o por individuos que llevaban el mismo nombre.¹³²

El párrafo anterior resulta sumamente ilustrativo del tránsito ya mencionado.

En efecto, Orozco realiza la descripción de cualidades y sentimientos de un sólo personaje, pero concluye que se trataba de varios con el mismo nombre o de una dinastía.

Conforme avanza la narración, los individuos se apoderan de la escena, ahora sí, como personajes perfectamente definidos, pero todavía alegóricos. Los ejemplos más claros son el malvado Tezozomoc y el inmejorable Nezahualcoyotl. Ahora las fuerzas se enfrentan en una nueva "evolución civilizadora". Tezozomoc se vale de las prácticas más brutales para usurpar y conservar el trono de Texcoco: asesinatos, traición y guerra injustificada fueron sus recursos. Orozco lo define así:

[...] flaco de cuerpo, por su ánimo robusto se supo imponer a cuantos le rodeaban; conjunto de muchos vicios y pocas virtudes, pasaba la medida del verdadero tirano: a no estar empapado en sangre y haber faltado siempre a la fe de caballero, sería figura grande en los pueblos del Valle.¹³³

La figura que sucede a Tezozomoc es su hijo Maxtla, igual o más desagradable que el padre, pues no poseía ni inteligencia ni capacidad de mando:

Usurpador del trono tepaneca, no borró sus crímenes por actos meritorios, sino que cargó la mano en propios y extraños haciéndose de todos aborrecible; postró a medias a sus enemigos, sin saberlos acabar de rendir por largueza o benignidad; se enajenó el ánimo de las tribus aliadas de su padre; dejó en pie al representante del poder legítimo; nunca supo prever y puso remedios ineficaces y tardíos. Era un criminal de talla común.¹³⁴

Finalmente, la lucha se resuelve a favor de la civilización: es el propio Nezahualcoyotl, sin duda alguna la figura indígena más admirada por Orozco, quien

¹³² *Ibidem*, p. 97

¹³³ *Ibidem*, pp. 183-184

¹³⁴ *Ibidem*, p. 195

extrae con sus propias manos el corazón del usurpador. Sobre la vida de este personajes, Orozco entreteje una historia por demás edificante. La muerte de su padre, el virtuoso Ixtlilxochitl¹³⁵, lo empuja a un camino de aventura y astucia, que culmina con la merecida venganza y el premio a sus afanes. Dueño de las más altas virtudes, Nezahualcoyotl constituye el grado máximo de la civilización prehispánica. El panegírico que le dedica Orozco no podría ser menos elocuente:

Nezahualcoyotl, es la figura más grande y amorosa de nuestra historia antigua. Tejer su cumplido elogio, sería reparar los hechos de su vida. Arrojado del trono de su padre, perseguido sin tregua por sus enemigos, tuvo sagacidad y presencia de ánimo para salir ileso de todos los peligros, burlando la astucia de los viejos con su inexperiencia de mancebo. Con suma diligencia y valor incontrastable reunió los elementos dispersos que en la adversidad le quedaron, los organizó y de tal manera los condujo, que le llevaron a recobrar la corona, y a tomar de sus contrarios cumplida venganza. Ya rey, reconquistó sus dominios, los ensanchó por las armas, los encarriló con mano firme por la vía del progreso. Compuso un código de leyes sabias y justas; instituyó tribunales para la recta y pronta administración de Justicia; abrió escuelas y academias para difundir el saber en todos sus ramos; protegió las ciencias y las artes remunerando generosamente maestros y pedagogos. Construyó magníficos palacios, vastos jardines, multitud de obras de utilidad pública, procuró el bienestar de los súbditos honrando la agricultura, concediendo recompensas a las virtudes y al trabajo. Justiciero y clemente, compasivo con los menesterosos, generoso, inteligente; guerrero intrépido, filósofo, poeta, ingeniero, legislador, padre de su pueblo, llenó con su fama el mundo de Anáhuac, dejando a la posteridad una memoria hermosa, un tipo digno de imitación.¹³⁶

Ningún otro personaje brillará tanto como Nezahualcoyotl, dibujado aquí como el perfecto monarca ilustrado. Su triunfo fue el triunfo de la civilización y del progreso en el mundo prehispánico, llevando su desarrollo hasta donde le era posible llegar en vista de sus particulares características. Algo parecido ocurre con Moctezuma Ilhuicamina, quinto rey mexica, que gobernó en Tenochtitlan al mismo tiempo que Nezahualcoyotl lo hacía en Texcoco. Por regla general, cuando mueren, Orozco realiza un pequeño resumen valorativo de la actuación de cada personaje, mismo que resulta

¹³⁵ La muerte de este personaje representa la caída por virtud. Dentro del plano del dramatismo, mientras más elevada sea la figura de la víctima, más despreciable será el crimen y justificable la venganza: "Así terminó el desdichado Ixtlilxochitl; mancebo de prendas relevantes, fue confiado hasta el vicio, generoso hasta la imprevisión; vencedor de sus contrarios, el abuso de sus virtudes lo precipitaron del trono y borrarón de la vida; a ser menos bueno con los malos, alcanzara alguna felicidad." *Ibidem*, p. 176.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 293.

muy útil para aquilatar su peso en el relato. Antes de Moctezuma Ilhuicamina, los comentarios que Orozco dedica a los reyes mexica son muy parcos, resaltando las “notables prendas” del rey en cuestión o sus hazañas guerreras, y poco más. Por ejemplo, Orozco dice sobre Hutzilihuitl, segundo monarca de los mexica:

Acrcentó la ciudad disputando la tierra a las aguas; supo atraer pobladores de las provincias comarcanas; estableció nuevas leyes, principalmente acerca del culto a los dioses [...]; hizo ejercitar a sus súbditos en el uso de las canoas [...]; mostróse en todo bueno y político gobernante.¹³⁷

En el mismo sentido, nada nos dice Orozco sobre la participación de Chimalpopoca; y a Itzcoatl le dedica una sola línea de su factura (“Este mismo año [1440] murió Itzcoatl llorado de los suyos”¹³⁸) y el resto proviene de una cita de Clavijero. En cambio, los comentarios para Moctezuma I son cualitativa y cuantitativamente muy distintos:

Huehue Motecuhzoma Ilhuicamina, es, sin disputa, el más grande de los reyes mexica. Comenzaron sus servicios cuando la tribu era esclava; ayudó eficazmente a hacerla libre; durante el reinado de Itzcoatl llevó por todo el Valle las armas triunfantes de su pueblo, y subido al trono aún supo ensanchar los límites de su herencia, dejando al morir un imperio, extenso, poderoso y floreciente. [...] Motecuhzoma era esencialmente religioso. Reparó e hizo nuevo el templo de Huitzilopochtli; construyó teocalli a muchas otras divinidades, aumentó el número de los sacerdotes, inventó ritos y sacrificios antes de él desconocidos, introdujo un aparato inusitado en el culto, lo estableció en los países conquistados; propagó con repugnante lujo la víctima humana y por su influjo se hizo público en Acolhuacan aun repugnandolo el rey filósofo. Aparece que por instinto se proponía fundar la unidad civil y religiosa, dando los mismos dioses y un solo señor a todos los pueblos; en su lógica inflexible reunió en una sola persona al rey y al pontífice, dando una sola cabeza a la religión y al estado. Bajo este punto de vista, el emperador era dueño de la tierra, de la hacienda, de la vida y de la honra de sus súbditos; más era, porque era el representante de los dioses, un dios al que se le debía respeto, amor, adoración. Nació de aquí el más espantoso de los despotismos, igual sino superior al sufrido por los antiguos pueblos orientales [...] Motecuhzoma Ilhuicamina murió a los 71 años de edad y 29 de reinado. Valiente hasta la temeridad, supersticioso, cruel y despiadado en sus invenciones religiosas, enemigo de la embriaguez y de la holgazanería, sobrio, político profundo, sagaz administrador, con las prendas de un déspota benigno, se hizo amar de sus súbditos, temer de los extraños, respetar de sus aliados.¹³⁹

¹³⁷ *Ibidem*, p. 174.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 229.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 289-290

Esta larga cita nos permite ver no sólo el contradictorio carácter de un personaje, sino la llegada al límite máximo de los pueblos prehispánicos. De ahora en adelante, la civilización indígena ya no progresará. Crecerán los imperios y las ciudades, aumentarán las riquezas y el poder, pero las organizaciones social, cultural y económica serán siempre las mismas. Este estancamiento, vicioso como todo lo que no progresa, aunado a un despotismo desenfrenado y a una sangrienta religiosidad, constituye para Orozco el origen de la tragedia. Abandonamos el reino de la Providencia para entrar en el reino del Destino, inevitable y generalmente fatal por definición. Las bases del imperio mexica se muestran tan endeble que bastó la audacia de un sólo hombre y la ineptitud de otro para desmoronarlo. Pero todavía faltan algunos años dentro de la narración antes de la conquista, en donde ya no aparecerán el cambio y la transformación sino la continuidad. En esta parte los personajes son los reyes mexica (Axayacatl, Tizoc y Ahuizotl), hombres comunes, que se desenvuelven en la acción cotidiana de las intrigas palaciegas, las guerras por tributo, las alianzas, las ceremonias y sacrificios.

En resumen, encontramos en la obra de Orozco un primer grupo de personajes indefinidos y colectivos, que representan las fuerzas enfrentadas de civilización y barbarie. Por medio de un segundo grupo transitorio, los personajes se van individualizando hasta llegar al tercer grupo, ya completamente diferenciado, de personajes que más que héroes son «encarnaciones» de los mismos principios en conflicto. Todo este proceso está comprendido dentro de una trama cómica, pues finalmente la civilización siempre triunfa y la sociedad en su conjunto se presenta mucho más «avanzada» y por lo tanto mejor que antes del enfrentamiento (se transita de las tribus nómadas hasta una monarquía imperial). Sin embargo, el desarrollo fue tal que acarreó su propio agotamiento. Al paralizarse el progreso, la suerte del imperio azteca y de todos los pueblos prehispánicos estaba echada. La comedia encierra en su interior una tragedia pero, como se mostrará más adelante, nunca deja de ser lo que esencialmente es, una historia de reconciliación de los opuestos.

C) Los héroes de la tragedia

Existen varias razones para pensar que Orozco y Berra concebía a la conquista de México como un conjunto de acontecimientos por lo menos en apariencia trágicos, contenidos en un proceso mayor –la Historia Universal– de características cómicas. En primer lugar, por nacionalismo, Orozco es partidario de los indígenas y, en consecuencia, ve en la conquista una agresión a la Patria, salvadas las proporciones. Por otra parte, la fatalidad intrínseca de la caída del imperio azteca es un elemento típicamente trágico, y los personajes que en él actúan nada pueden hacer para impedirlo o detenerlo. Así, las figuras más sobresalientes son, por supuesto, Moctezuma II y Hernán Cortés, que de nueva cuenta son «representantes», pero mucho más detallados y enriquecidos, pues son sus acciones los principales ingredientes del relato. De hecho, toda la narración de la conquista es mucho más completa y minuciosa, ahora que Orozco cuenta con abundantes testimonios españoles, además de los indígenas. Prueba de esto es que Orozco requirió 582 páginas para hablar de lo acaecido en tres años, ciertamente fecundos, y tan sólo 446 para todos los siglos de la historia antigua. Esto también es un buen indicio de la importancia que Orozco asigna a los acontecimientos. Pero de momento hay que fijar la atención en los personajes.

Desde el prólogo de su obra, Orozco y Berra anuncia su intención de lograr un punto intermedio entre las posturas tradicionales sobre la conquista: indigenismo e hispanismo. Tal parece que el camino elegido para este fin no fue el de intentar una visión verdaderamente dialógica del problema, sino el reconocimiento de las virtudes y defectos de ambos bandos. Al proceder de esta forma, Orozco creía liberarse de la subjetividad y hacer justicia a todas las partes¹⁴⁰. Sin embargo, no pudo ocultar por completo sus simpatías y el resultado fue una extraña mezcla de alabanzas y críticas a cada personaje, que finalmente son catalogados en función del énfasis de los

¹⁴⁰ Pese a estar las simpatías de Orozco del lado indígena, la narración de la conquista se compone principalmente de los hechos de los castellanos en estas tierras. Sin embargo, como un intento por mantener la objetividad, Orozco sigue utilizando la cronología indígena y titula todos los capítulos con los nombres de los reyes mexicas y texcocanos.

comentarios. Por ejemplo, aunque pueda parecer extraño, Orozco admira a Cortés y, en consecuencia, no existe un balance entre lo bueno y lo malo que de él enuncia. Así, pese a sus defectos aparentemente grandes, Cortés se presenta como muy superior a cuantos le rodean:

Según se muestra en el período que venimos examinando, [Cortés] era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; codicioso en demasía; lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar; falaz, cruel en muchos casos. Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme e inflexible; valor a toda prueba, recordando en sus empresas a los grandes paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar; ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército, compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas; más de una multitud de gente, muy animosa, es verdad; pero ignorante, codiciosa, acostumbrada en las islas a la explicación [sic], indisciplinada y licenciosa. [...]141

El personaje de Cortés, visto desde la perspectiva de Northrop Frye, es un héroe del *mimético elevado* dentro de una trama de integración o cómica. Es decir, es un "jefe", poseedor de autoridad, pasiones y poderes de expresión superiores a los del resto de los hombres, pero lo que hace está sujeto tanto al orden de la naturaleza (no puede hacer milagros) como a la crítica social. Según el propio Frye, este tipo de héroe es el que corresponde a la mayor parte de la épica y de la tragedia¹⁴². Se encuentra en una trama cómica porque mientras que en la tragedia tradicional observamos la caída de un jefe, y su ulterior aislamiento de la sociedad en la que vive; en el caso de Cortés se efectúa precisamente el fenómeno contrario: el triunfo sobre todas las adversidades y el consiguiente reconocimiento social. Además, Orozco interrumpe la narración de la vida de Cortés justo al finalizar la conquista. Al omitir sucesos posteriores bastante menos afortunados, el personaje de Cortés se presenta en el esplendor de su carrera, como un insuperable estratega y militar. Pese a todo, Cortés no es perfecto y Orozco refuta las

¹⁴¹ *Ibidem*, t. IV, p. 73

¹⁴² Frye, *Op. cit.* p. 54. El término "mimético elevado" no tiene en este caso nada que ver con las tres etapas de la mimesis que según Ricœur conforman la narración.

opiniones que tienden a mitificarlo¹⁴³.

En este punto se presenta una pregunta ineludible: ¿Cómo se puede estar a favor de la causa indígena y ser al mismo tiempo admirador de Cortés? La respuesta es más simple de lo que parece porque, para Orozco, Cortés representa una civilización mucho más avanzada que la prehispánica. Esta última puede ser interesante y, en algunos casos, admirable: la titánica y final defensa de la patria despierta en Orozco la simpatía por el mermado y valeroso pueblo azteca, pero no lo hace modificar sus nociones de progreso.

Ahora bien, la figura antagónica de Cortés es Moctezuma II. Este personaje se nos presenta como la antítesis del valor y la inteligencia. Prácticamente todas sus acciones son producto de la cobardía, la superstición o sencillamente de la estupidez. Es gracias a él que los ya mencionados defectos de la sociedad mexicana llegan a su punto culminante y, por lo tanto, la destrucción total y la derrota resultan sobradamente merecidas. Sin embargo, la primera presentación de Moctezuma II no resulta tan negativa como podría esperarse:

Grave, reposado, por maravilla se le oía hablar, y cuando en el consejo soltaba la voz, su parecer, era cuerdo y atinado. Su carácter debía constar de los elementos constitutivos del guerrero y del *tlamacazqui*. Justiciero, inflexible en sus determinaciones, incapaz de sufrir contradicción; amigo del orden y de la limpieza; gran recompensador de los servicios civiles y militares, enemigo del ocio, perseguidor constante de la vagancia y la flojera, severo y cruel haciendo cumplir sus mandatos. Tan buenas prendas, que le hubieran hecho un gran rey, estaban mezcladas con un orgullo fuera de medida y una superstición ciega y brutal.¹⁴⁴

143 Un buen ejemplo de esto se da cuando Orozco se ve obligado a señalar la responsabilidad de Cortés en el asesinato de los nobles que mantenía cautivos, entre ellos Moctezuma. De cualquier forma, Orozco parece lamentar semejante acusación y procura disculparse aportando todas las pruebas posibles. El párrafo es interesante pues muestra algo de la visión de la historia de su autor: "Al asentar que don Hernando Cortés mandó dar muerte a los nobles que en su poder tenía y entre ellos a Montecuhzoma, sabemos que lanzamos un tremendo cargo contra la memoria del conquistador. Hemos meditado con calma; no nos mueve odio, sino convencimiento. No lo inventamos; no somos los primeros en decirlo; la cuestión se viene debatiendo desde los testigos presenciales de la conquista. Comprendemos que cuestiones como ésta se convierten en asunto de nacionalidad [...] Nosotros llevamos en las venas la sangre de los vencidos y de los vencedores; vivimos en tiempos lejanos de los sucesos; no tenemos relaciones próximas ningunas, ya con el antiguo pueblo azteca, ya con la colonia española; no pretendemos acariciar los pasados recuerdos históricos de los pueblos primitivos, ni tenemos temor o miramiento por las autoridades coloniales; podemos, pues, ser justos y discutir con calma: busquemos la verdad [...] Orozco, *Op. cit.*, t. IV, pp. 377-378, nota 36.

144 *Ibidem.* t. III, p. 371.

Una vez terminada esta concesión a la imparcialidad, Orozco dibuja a Moctezuma II con los más oscuros colores. Nunca más se presentará un comentario positivo, y las críticas arreciarán con singular denuedo. Por contraste, la figura de Cortés superará por mucho a la de su adversario. Veamos algunos ejemplos de la paulatina degradación de Moctezuma:

Para aquellas circunstancias difíciles, ninguno menos a propósito que el malhadado Motecuhzoma [...] Al subir al trono se entregó a la guerra, mostrando el ánimo belicoso de sus mayores, desplegando algunas virtudes que le hicieron amado de sus súbditos; desvanecido pronto al estar en lo muy alto, hizo a un lado su fingida humildad, y tanto y tanto soñó grande, que se figuró hombrar con los dioses. Cambió su gobierno por el más absurdo de los despotismos; convirtió la justicia en los antojos caprichosos y desordenados de su espíritu receloso [...] Se entregó a las prácticas religiosas con fervor ascético; el culto absorbió sus pensamientos; se entregó a una superstición absurda, pueril, estúpida [...] Sin voluntad firme, pasaba de la angustia de la flaca mujer que llora y gime, a la ciega confianza del insensato. Era un menguado. [...] Ante los embates de la fortuna se doblegó como frágil caña; ante las desgracia quedó fascinado como el pájaro ante la boca de la serpiente; el orgulloso, el omnipotente, el dios, perdió la energía, bajóse el mismo de su alta dignidad, tornándose débil, cobarde y aun villano.¹⁴⁵

Además de todo, Moctezuma supo ganarse la enemistad tanto de los pueblos que mantenía sometidos como de sus aliados. El despotismo de que hacía gala el imperio mexica encontró su sublimación en un solo hombre, tal como si Orozco buscara la absolución histórica de todo un pueblo pasándole la factura a su emperador. Dicho de otro modo, para Orozco la derrota de los mexica (que acarreó la de todos los pueblos indígenas) estaba escrita de antemano debido a las características de su civilización, pero Moctezuma la aceleró hasta tal grado que, a veces, da la impresión de ser el único responsable.

Como resultado del cúmulo de acciones de ambos personajes, la trama se presenta profundamente fatalista. Por un lado el conquistador victorioso que supo aprovechar todas las oportunidades, pero que nada habría logrado sin la ineptitud de su

¹⁴⁵*Ibidem*, p. 445-446. El párrafo citado es una condensación de página y media de denuedos dedicados a Moctezuma II. Comentarios de este tipo se presentan prácticamente cada vez que se menciona a Moctezuma, por ejemplo, hablando de la época inmediata a la matanza de Cholula, Orozco escribe: "Durante aquel tiempo la conducta de Motecuhzoma fue la del más imbécil idiota [...], t. IV, p. 224. Sobre este punto véanse también las páginas 114, 126, 140, 167, 174, 189, 214, 272, 289 y 381 del mismo tomo.

Es notable el hecho, que perfectamente puede ser visto como un error, de que Orozco califique a estos aliados como "traidores" de la causa nacional, aunque aparentemente comprenda muy bien los motivos que los llevaron a luchar al lado de los extranjeros. En mi opinión difícilmente puede haber una "causa nacional" en donde no existe una nación, pero el patriotismo de Orozco es absolutamente ahistórico:

Todos aquellos pueblos, cegados por el odio y por efímeras ofertas, desertaron de la causa de la patria para pasarse al extranjero, sin comprender que bajo los escombros de la triple alianza quedarían sepultadas las nacionalidades indígenas. Después de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador.¹⁴⁹

Así se manifiesta un rasgo más de la fatalidad de la conquista, pues la culpa de semejantes defecciones recae en el despotismo azteca, procedente de mucho tiempo atrás y exacerbado con Moctezuma II. Esto último es suficiente explicación para Orozco, pero no constituye una justificación y, por lo tanto, la conducta de dichos pueblos siempre se mostrará como reprobable. En el siguiente apartado se examinará con más detalle la función de la fatalidad dentro de la trama.

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 401

D) Fatalidad y Providencia.

Aproximadamente a la mitad del tomo III, aparece por primera vez una referencia que bien puede ser calificada de fatalista. Se presenta mucho antes de la conquista, pero guarda una estrecha relación con ella. De hecho todo lo que pueda ser considerado como fatalista en la obra de Orozco es sólo en función de la conquista. En este caso se trata de una pequeña reflexión sobre el comportamiento de las tribus vecinas de Tenochtitlan y la organización social producto de las guerras de expansión mexicas. En consonancia con la trama cómica correspondiente a esta parte, las conquistas aztecas se muestran como reconciliaciones provisionales de las fuerzas en conflicto, que dan como resultado el engrandecimiento de su imperio, la forma más "civilizada" de organización social de su tiempo. Pero es precisamente en su carácter provisorio donde se encuentra el germen de la tragedia:

Llama profundamente la atención el aislamiento político, así de las tribus como de las fracciones de la misma raza. El peligro común no era parte para reunirlos; caían unas tras otras bajo el macuahitli de los mexica, indiferentes e impasibles al estrago ajeno, fiando su salvación en las propias fuerzas, sin ocurrirles unirse contra el conquistador [...] Era la apática indolencia llevada a su último extremo; el odio de raza, convertido en la insensata venganza que prefiere la ruina del enemigo, aun cuando su pérdida arrastre el propio daño; el apartamiento egósta no movido sino por el sufrimiento personal. Estos bastardos sentimientos facilitaron las conquistas de los mexica; por desdicha, cuando aquellos pueblos venían a incorporarse al imperio traían sus elementos repulsivos entre sí, disolventes en el conjunto, inoculaban el cuerpo social y *predispunían la ruina que con el tiempo sobrevendría a vencidos y vencedores.*¹⁵⁰

Orozco regresa varias veces sobre este tema, aumentando al despotismo y la desunión, las creencias religiosas y la desigualdad social¹⁵¹. Sin embargo, pese a la gran importancia de estos factores, la verdadera causa de la conquista se encuentra en los

¹⁵⁰ *Ibidem*, t. III, p. 215. Las cursivas son mías. Comentarios muy similares sobre la desunión de los elementos del imperio como causa de la futura ruina se encuentran en la p. 381.

¹⁵¹ Sobre las creencias religiosas Orozco afirma: "Con semejantes convicciones [el mito de Quetzalcoatl], aquellos pueblos supersticiosos estaban ya vencidos; ni qué ánimo pudiera quedarles para defenderse teniendo que combatir contra divinidades armadas del rayo y contra la inexorable sentencia de los hados. Fue preciso que los castellanos cargaran la mano en los excesos, dando rienda suelta a las malas pasiones, para que llegaran a perder su prestigio divino" *Ibidem*, p. 444. Acerca de la desigualdad social en la época de Moctezuma II: "Igualeado el monarca con las divinidades, los súbditos habían descendido hasta parias; al ensancharse la distancia intermedia entre ambos, se abrió el abismo inmenso en que todos perecieron" p. 398.

inflexibles designios de la Providencia:

De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban los empujaba a los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos a los sectarios de aquella antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados a sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!¹⁵²

En el capítulo anterior vimos el papel que desempeña la Providencia dentro de la argumentación formal de la obra de Orozco. Se trata del conjunto de los designios divinos que rigen la interminable marcha de la humanidad hacia el progreso y la civilización. Esta constante superación de las sociedades humanas hace que Orozco comprenda al proceso histórico en su conjunto de manera muy optimista, pues aunque el proceso sea irregular e inacabado, permite mantener la esperanza de que el presente siempre será mejor que el pasado. Al formular esta perspectiva como una trama, el resultado es una comedia con todas sus cualidades menos el humor¹⁵³. No obstante, la posición de Orozco cuando escribe (nacionalismo, orgullo patrio, simpatía, etc.) lo acerca a los vencidos, logrando contemplar todo el potencial trágico de la conquista. La Providencia, pues, se trastoca en fatal destino.

Sin embargo, esta parte de la historia sólo es «aparentemente» trágica. En otras palabras, la conquista de México, al igual que la historia de los pueblos indígenas, es un componente integral del proceso mayor de la Historia Universal. Si se la contempla de manera aislada puede parecer una tragedia, pero no lo es. El final de la obra es totalmente claro en este sentido. Aparece la reconciliación final, pero separada de la trama y del relato de los acontecimientos porque, en realidad, los personajes jamás se reconciliaron. No obstante, los comentarios de Orozco en las conclusiones pueden suplir perfectamente a las ocasiones festivas propias del final de una comedia:

Dícese que la guerra es un mal necesario; dejamos la controversia a quien quiera dirimirla. La verdad es que, frecuentemente después de levantado el tremendo azote, seca la sangre que

¹⁵² *Ibidem*, t. IV, p. 83

¹⁵³ En sentido estrictamente rigorista una comedia sin sentido del humor es un melodrama, pero el término se ha desvirtuado tanto que prefiero no utilizarlo.

E) Explicación por implicación ideológica.

Las anteriores reflexiones sobre la trama me permiten integrar aquí la última parte del presente análisis. Me refiero a la explicación por implicación ideológica que, de acuerdo con Hayden White, al combinarse con la explicaciones por argumentación y por la trama, forman el «estilo historiográfico» de un historiador o filósofo de la historia. Veamos en qué consiste.

White utiliza, aunque modificándolas ampliamente, las teorías de Karl Mannheim para hablar del “elemento ético” presente en una obra histórica determinada, a través de sus componentes ideológicos. En resumen, Mannheim identifica cuatro posiciones ideológicas básicas a lo largo del siglo XIX: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo. Es posible identificarlas y diferenciarlas en virtud de la posición temporal en que sitúan el ideal utópico al que tiende o se dirige el proceso histórico en su conjunto y, por lo tanto, al ritmo y deseabilidad de los cambios en el *statu quo* establecido. Por ejemplo, el liberalismo coloca al ideal utópico en un futuro remoto, de tal manera que su realización no pueda efectuarse por medios radicales o violentos en el presente. Para el liberalismo los cambios en la estructura social deben efectuarse paulatinamente (por medio de debates parlamentarios, procesos educativos o contiendas electorales), respetando las leyes de gobierno establecidas.

Es muy importante señalar que las cuatro posturas básicas arriba enunciadas sirven “para designar preferencias ideológicas generales y no como emblema de partidos políticos específicos”¹⁵⁸. Es por eso que Manuel Orozco y Berra en términos políticos siempre ha sido considerado como un liberal moderado (lo que le permitió trabajar sin demasiados problemas para Juárez, Maximiliano y Porfirio Díaz), aunque las implicaciones ideológicas de su obra sean esencialmente conservadoras. ¿Pero qué significa esto?

Siempre siguiendo a Mannheim, White nos dice que:

[...] los conservadores tienden a imaginar la evolución histórica como una elaboración progresiva de la estructura institucional que prevalece actualmente, estructura que consideran

¹⁵⁸ White, *Metahistoria*, p. 33

Las “formas” que Ranke discernía en el campo histórico supuestamente existían en el tipo de condición armoniosa que convencionalmente aparece al final de una comedia. El lector queda contemplando la coherencia del campo histórico, considerado como una estructura *completa* de “ideas” (es decir, instituciones y valores), y con el tipo de sentimiento causado en el público de un drama que ha alcanzado una resolución por completo cómica de todos los conflictos *aparentemente* trágicos que había en él. El tono de voz es acomodaticio, la actitud es optimista, y las implicaciones ideológicas son conservadoras, en la medida que legítimamente se puede concluir, de una historia así interpretada, que vivimos en el mejor de los mundos históricos posibles, o al menos en el mejor que se puede esperar “con realismo”, en vista de la naturaleza del proceso histórico según se revela en el relato que Ranke da de él.¹⁶³

No creo necesario insistir más sobre este punto. La articulación de la trama, tal como vimos en el apartado anterior, justifica plenamente una implicación ideológica conservadora. La conquista para Orozco fue un conflicto sólo en apariencia trágico y cuya resolución cómica contribuyó a la formación de un presente mejor.

Por otra parte, la marcada insistencia a lo largo de la obra sobre el asunto de los “traidores”¹⁶⁴, me lleva a suponer que Orozco trasladó al pasado el estado de cosas que él suscribía como más válido, es decir, el ideal de un Estado-nación que brinda a sus miembros un sentido auténtico de pertenencia.

¹⁶³ *Ibidem*.

¹⁶⁴ *Vid. supra*, pp. 23-24

IV. Conclusiones

El presente trabajo tuvo como objetivo mostrar una nueva visión de la principal obra de uno de los más importantes historiadores mexicanos de finales del siglo pasado. Para ello, en primer lugar fue necesario realizar un recorrido a través de la historiografía existente sobre don Manuel Orozco y Berra. En mi opinión, dicho recorrido logró descubrir una generalizada pobreza de análisis, encubierta en una cómoda posición acrítica, y que consiste en la irreflexiva repetición de los juicios más trillados y en una lectura poco atenta que sólo busca lo que le conviene. Prueba de esto son las constantes contradicciones en que incurren casi todos los autores analizados. En realidad, sería verdaderamente agradable poder clasificar a un autor de positivista, idealista, darwinista o cualquier otro adjetivo similar, pues de este modo la historia del pensamiento se nos presentaría como una sucesión lógica y ordenada de corrientes y tendencias, sin relación entre sí, pero fácilmente organizables en fichas de trabajo. Sin embargo, desafortunadamente esto no es posible –o por lo menos no debe hacerse– porque la realidad histórica siempre es mucho más compleja. Tal vez mi propio estudio esté equivocado, pero presenta una ventaja sobre los demás: fue realizado conscientemente al margen de la disputa de las corrientes historiográficas, que según se les ha venido utilizando, más que explicar, ocultan.

Fue básicamente esta consideración la que me llevó buscar una forma alternativa de análisis historiográfico, misma que encontré en la obra de Hayden White. Los capítulos II y III de mi trabajo se apoyan primordialmente en las teorías de este autor. No obstante, soy conciente de la multitud de problemas que aun existen alrededor de estas teorías, pues no sólo representan un nuevo tipo de análisis, sino que plantean cuestionamientos de fondo acerca de la naturaleza misma del conocimiento histórico. En este sentido, nunca fue mi intención poner fin a las discusiones, por lo cual sólo se reflejan parcialmente en el presente trabajo, que constituye únicamente una primera

aproximación tanto a la teoría, como a su aplicación en la práctica del análisis historiográfico. Creo, pese a todo, que la perfecta concordancia que me pareció encontrar entre el juego de afinidades propuesto por White y la obra de Orozco y Berra, representa aunque sea una pequeña aportación para convalidar la teoría, aplicada en este caso a un medio distinto de aquel para el cual fue originalmente pensada.

Los resultados del análisis aquí emprendido sobre la obra de Orozco y Berra revelaron una gran variedad de matices en un principio insospechados. En consecuencia, es posible afirmar que la *Historia antigua y de la conquista de México*, constituye un modelo absolutamente coherente de reconstrucción y representación de la realidad, mucho más allá de una "gran síntesis", una obra de consulta o, como alguien ha dicho, una obra plagada de ambigüedades.

La segunda parte de este trabajo se centró en los aspectos epistemológicos de la obra de Orozco. El principal objetivo fue el de identificar los distintos elementos, pertenecientes a diversas corrientes historiográficas, que en ella confluyen. Pero, repito, mi análisis no se emprendió con un fin clasificatorio. Nada más lejos de mi intención. Al mostrar que en la obra de Orozco es posible localizar elementos que tradicionalmente han sido suscritos al positivismo, darwinismo, idealismo o romanticismo, se derrumba la posibilidad de las clasificaciones cerradas y excluyentes. Sin embargo, decir, por ejemplo, que Orozco fue un romántico que utilizó un lenguaje darwinista, o bien que "su método trata de ser científicista, refleja la formación de la escuela alemana a través de la escuela norteamericana, pero sin olvidar que la historia es un arte"¹⁶⁵, en mi opinión equivale a no decir nada.

Es por eso que preferí hablar de Orozco como de un organicista, pues este término empleado por White no sirve para designar una escuela o corriente, sino más bien el conjunto de operaciones cognoscitivas realizadas por un historiador específico en una o varias de sus obras. Orozco y Berra fue un historiador organicista no porque se parezca a otros organicistas, aunque ciertamente así sea, ni porque esa fuera la tendencia

¹⁶⁵ Alicia Huerta Castañeda, *Op cit*, p. 22. *Vid supra* p. 12

predominante de su tiempo, sino porque su obra fue construida a partir de algunos de los presupuestos básicos del organicismo, hasta cierto punto de manera independiente y autorreferencial. Es decir, Orozco entiende la historia de los pueblos prehispánicos y de la conquista, como componentes sintéticos del gran drama de la historia universal, poseedores de las cualidades del todo y, al mismo tiempo, como partes integrales del proceso.

Es esta visión del proceso histórico, aunada a un profundo optimismo, fe en la Providencia y nacionalismo, lo que llevó a Orozco a tramar su obra como una comedia. Probar este punto fue el objetivo del tercer capítulo. Ya hemos visto como Orozco resuelve todos los conflictos por medio de una postrera reconciliación, simbolizada por la inquebrantable marcha de la civilización, bajo cuya sombra se desvanecen todas las disputas. En el tramado de la obra también es posible ver cómo se manifiesta la argumentación organicista: el deseo de integrar lo particular en lo universal provoca que el gran drama (cómico) universal, el progreso indefinido y la eterna lucha de los opuestos, se repita hasta en los conflictos más nimios y terrenales. De esta manera, cualquier guerra, cualquier lucha y de hecho cualquier acontecimiento, adquieren las cualidades de lo universal. La conquista, con su trama aparentemente trágica y su resolución cómica, representa la cúspide de la integración, en este caso literal, de la historia de ambos mundos. El movimiento de la acción es típicamente cómico, pues pasa de un estado de paz aparente a la revelación de un conflicto y, finalmente, a su resolución por medio del establecimiento de un estado de cosas mejor.

Pero la historia escrita por Orozco no es una historia de reconciliación en este único sentido. Orozco también pretende reconciliar ciencia y religión, por un lado, hispanismo e indigenismo, por el otro. En los dos casos, la intención del autor fue la búsqueda de la objetividad. Ciertamente, Orozco no logró su deseo –pues la objetividad absoluta no existe–, pero de ninguna manera es desdeñable el peso de dicha intención en la argumentación de la obra y en la construcción de la trama. En relación al primero de estos aspectos, ya vimos en el capítulo II cómo Orozco reserva un lugar muy importante

a la participación divina dentro de una explicación supuestamente científica. Por su parte, la caracterización de los personajes, tratada en el capítulo III de este trabajo, y en consecuencia una buena parte de las expectativas propias de la trama, deben mucho a la forma en que Orozco reconcilió, por medio del reconocimiento de las virtudes de los protagonistas, las posturas hispanista e indigenista.

Finalmente, en el último apartado de este trabajo, se mostró la existencia del trasfondo, irreductiblemente ideológico, presente en la obra de Orozco y Berra. Al quedar asentado, por medio de las pruebas que juzgué suficientes, que las implicaciones ideológicas de este autor responden a una visión del mundo básicamente conservadora, se hizo patente que las obras históricas no deben ser clasificadas en función de la participación en la vida política de sus autores, por lo menos no de manera directa.

Sólo resta decir que la obra de Orozco y Berra es una más de las puertas de acceso al pensamiento del siglo XIX. La manera en que los hombres explican su pasado se encuentra en relación directa con su presente. Es por eso que resulta absurdo hablar de obras "superadas", pues aunque nuevos datos hayan modificado y enriquecido nuestro conocimiento del pasado, la perspectiva propia de un historiador permanecerá siempre viva, mientras existan personas interesadas en la Historia.

Bibliografía.

Altamirano, Ignacio Manuel, "El Señor Don Manuel Orozco y Berra" en *La República*, año II, vol. II, núm. 23, 28 de enero de 1881, pp.1-2.

Avilés, René, "Notas biobibliográficas sobre Orozco y Berra" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1976, número 123.

Bassols Batalla, Angel, "Manuel Orozco y Berra y su mapa de la división político-económico-administrativa (territorial) de México", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y estadística*, México, 1976, número 123, pp. 95-104.

Canary, Robert H, Kozicki, Henry, eds., *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding*, Madison-Londres, The University of Wisconsin Press, 1978.

Carreño, Alberto María, *La Academia Mexicana correspondiente de la Española (1875-1945)*, México, 1945.

_____ *La obra personal de los miembros de la Academia Mexicana correspondiente de la Española*, México, 1946.

Chavero, Alfredo "Historia antigua y de la Conquista" en Vicente Riva Palacio et al, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual. Obra única en su género*, México, Ballescá y Cía, 1889, t. I, v. I, p. LX.

Fernández, Justino, *Coatlícue, estética del arte indígena antiguo*, México, UNAM, 1954.

Frye, Northrop, *Anatomía de la crítica*. tr. Edison Simons, 2º ed., Caracas, Monte Avila, 1991.

García Rivas, Heriberto, 159 *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Diana, 1964, pp. 191-192

García, Ruben, *Biografía, bibliografía e iconografía de don Manuel Orozco y Berra*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1935.

González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Sep., 1928.

Huerta Castañeda, Alicia, *Ideario y semblanzas históricas en la obra de Orozco y Berra*, México, UNAM [tesis de maestría], 1962.

Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1942.

Keen, Benjamin, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, tr. Juan José Utrilla, México, FCE, 1984

León-Portilla, Miguel, *La Filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Seminario de Cultura Náhuatl-Instituto de Historia, UNAM, 1959.

López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología*, 2 t., México, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1989.

Márquez Montiel, Joaquín, *Hombres célebres de Puebla*, México, Jus, 1955, t. II, pp 104-109.

Martínez Ceballos, Eva, "Don Manuel Orozco y Berra" en *Revista de Revistas*, México, 8 de febrero de 1931, número 1084.

Minguet, Charles, *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804)*, Tr. Jorge Padín Videla, 2 t., México, UNAM-CCyDEL, 1985.

Navarro, Enrique, "Introducción" en Manuel Orozco y Berra, *Historia Antigua y de las culturas aborígenes de México*, México, Fuente Cultural, 1954, t. I, pp. 5-19.

O'Gorman, Edmundo, "La dominación española de Orozco y Berra" en *Letras de México*, v. II, No. 1, enero de 1939, pp. 12-13.

----- *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947.

Ortega y Medina, Juan A. "Introducción" en Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, FCE, 1966, pp. IX-CLXXV.

----- *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980.

Orozco y Berra, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, Estudio previo de Angel Ma. Garibay K., México, 4 t., Porrúa, 1960.

Pérez Rosales, Laura, "Manuel Orozco y Berra" en Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coords.) *Historiografía mexicana*, v. IV "En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884", México, UNAM-IIIH, 1996.

Ramos, Roberto, *Bibliografía de la Historia de México*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1965

Ricœur, Paul, *Tiempo y narración I*, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995.

Rico González, Victor, *Hacia un Concepto de la Conquista de México*, México, UNAM-Instituto de Historia, 1953.

Rivera Cambas, Manuel, "Orozco y Berra" en *Atlas y Catecismo de Geografía y Estadística*, México, 1874.

Sosa, Francisco, "Biografía del Sr. don Manuel Orozco y Berra" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1890, 4ª época, t. II, p. 24.

Soto, Jesús S., *Biografía de don Manuel Orozco y Berra*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1935.

Torner, Florentino M., *Creadores de la imagen histórica de México*, México, Cía. Gral. de Ediciones, s/f, [Ideas, letras y vida].

Uribe Ortiz, Susana, *Manuel Orozco y Berra en la historiografía mexicana*, México, UNAM [tesis de maestría], 1963.

Vigil, José María, Galindo y Villa, Jesús, *et al*, "Solemnidad dedicada a la memoria del Sr. Lic. e Ing. D. Manuel Orozco y Berra" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1890, 4ª época, t.II pp.5-64.

Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950.

Vivó Escoto, Jorge A., "Comentarios sobre la *Historia antigua* de Manuel Orozco y Berra" en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1976, t. 123

White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, tr. Stella Mastrangelo, México, F.C.E., 1992.

_____ *El contenido de la forma*, tr. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós Básica, 1992.